

EDUARDO SCHURÉ
EN TIERRA SANTA
JERUSALÉN

EN TIERRA SANTA

I

JAFFA. — LA ASCENSIÓN

Hemos viajado toda la noche en un vapor egipcio procedente de Port-Saíd. Sobre el puente había un campamento de sirios, cuyas mujeres veladas cuidaban a un enfermo acostado sobre un tapiz. El navio hendía lentamente el mar silencioso y cálido, bajo un cielo límpido en que parpadeaban las estrellas. De cuando en cuando, las mujeres, acucilladas e inmóviles, murmuraban con voz nasal una plegaria; pero el paciente no se movía, y, tranquilamente, esperaba la muerte o su curación, con la faz pálida y los ojos clavados en el firmamento. Un anciano árabe fumaba en su pipa junto a él con soberana indiferencia y, a su alrededor, hacían guardia algunos soldados egipcios. Este grupo era una imagen de esas razas inmutables de Oriente que lo esperan todo del Destino aunque conservan en su fatalismo una majestad hereditaria, una fe indestructible. Nuestra civilización trata inútilmente de moverlos. Ni el tiempo ni el espacio hacen variar al oriental que, por mucho que viaje,

permanece siempre inmóvil. Quizá sea bueno esto porque en Occidente olvidamos demasiado pronto cuando nos marchamos, y es bueno que existan razas estáticas que se acuerden.

El viento cambió por la noche y el mar se en-
crespó. Al alba hace frío; llovizna, y divisamos
a Jaffa bajo una luz pálida tras de la cortina de
lluvia. La antigua Joppea parece con sus lejanas
casas blancas una roca amarilla llena de gaviotas.
El buque ancla ante una hilera de escollos. Con
justicia se dice que es difícil llegar a Tierra San-
ta, y desde la Edad Media ir a Jaffa es sinónimo
de correr peligro. Cuando la industria moderna
consiga transformar estos arrecifes en un puerto
sin importancia y se pueda anclar en Jaffa igual
que en El Havre o Nueva York, temo que se aca-
bará con la austera belleza de Palestina, ya algo
deteriorada por algunas líneas de ferrocarril y
agencias de viajes. Hoy hay que atravesar todavía
en barca la barra que forman las rocas, para hacer
escala en el puerto de Jerusalén.

Me siento fascinado por los arrecifes lamidos
por las espumas del mar agitado. Según dice Pau-
sanias, en esta costa fue secuestrada Andrómeda,
a la cual ataron a la roca con un anillo de hierro,
y aquí vino Perseo montado en su alado corcel
para librarla del monstruo marino que iba a devo-
rarla. Recuerdo los versos divinos de Heredia:

*La vierge Céphéenne, hélas! encor vivante,
liée, échevelée, au roe des noirs ilots,
se lamente en tordant avec des vains sanglots
sa chair royale au court un frisson d'epouvante.*

*Au milieu de l'écume arrêtant son essor,
le Cavalier vainqueur du monstre et de Méduse,
ruisselant d'une bave horrible ou le sang fuse,
emporte entre ses bras la vierge aux cheveux d'or.*

*Mais Pégase irrité par le fouet de la lame,
a l'appel du héros s'enlevant d'un seul bond,
bat le del ébloui de ses ailes de flamme (1).*

La poesía griega inspirándose en los santuarios o guiadas por su maravillosa intuición, ha poblado

(1) ¡Ay! Atada a la roca de los negros islotes, la Virgen de Cefeo todavía viva se lamenta entre inútiles sollozos, sacudiendo su desmelenada cabellera y retorciendo su carne real que un escalofrío de espanto estremece.

El caballero vencedor del monstruo y de Medusa detiene su vuelo entre las espumas, reluciente de la baba horrible en que se difunde la sangre, y arrebatada en sus brazos a la virgen de dorados cabellos.

Pero Pegaso, irritado por el latigazo de la ola, se eleva de un salto al oír el mandato del héroe, y bate el cielo deslumbrador con sus alas de fuego.

el Mediterráneo de símbolos parlantes desde Fenicia hasta las columnas de Hércules. Siempre que asociaba un mito a un lugar determinado, era debido a un hecho histórico y religioso. Sus divinas fábulas han asociado los promontorios, acrópolis e islas con ideas, eternas como diosas veladas de nubes. ¿No es acaso notable que diga la leyenda que la hazaña de Perseo tuvo lugar en este mar de Levante, llamado en el libro de Job "la gran mar en que Leviatán abre surcos tan grandes como abismos" y del que ha dicho el salmista: "Él vio a Dios y se retiró"? No sé qué teósofo de Alejandría veía la imagen del Alma cautiva en la Materia y entregada indefensa a las fuerzas animales de la Naturaleza en Andrómeda encadenada a la roca, ofrecida como pasto al monstruo marino. Perseo era para él la encarnación del Héroe dotado de Inteligencia y Sabiduría, armado con el broquel de la Intuición y la espada de la Ciencia; era el Héroe que, al matar al monstruo de la Negación, liberta al Alma aterrorizada, y se la lleva, henchida de felicidad a las estrellas, sobre el caballo alado del Entusiasmo, hijo de Júpiter y del Rayo. No sé si les parecerá a nuestros sabios heleenistas y expertos filólogos que este soñador ha comprendido ortodoxamente a Hesíodo, y no me atrevería a afirmar que Esquilo y Sófocles, quienes escribieron tragedias sobre Andrómeda y Perseo, que, por desgracia, se han perdido, hayan

pensado como él; pero lo que sí sé es que la tierra de Cristo y los Profetas es todavía la patria del Alma divina para la conciencia moderna; que esta Alma, atada a la roca de la materia por antiguos servilismos, está en manos de todos los monstruos del Abismo en este fin de siglo... y que Perseo no ha venido todavía.

No tengamos miedo, pues, de entrar en Tierra Santa por el pórtico de la leyenda helénica, circundada por olas del mar. Ella personifica y dramatiza el pensamiento principal que debe guiarnos desde Jerusalén a la cuna de los profetas, y nos recuerda que debemos mirar los santuarios del Cristianismo con ojos arios y Alma Universal.

Las barcas han conseguido ponerse a la borda del buque a pesar del mal tiempo. Una de ellas está unida a la escala por medio de una cuerda. Nuestros bagajes son arrojados a la cala y nosotros tras ellos, mientras que la cresta de una ola levanta a la débil embarcación. Y atletas sirios de rostros morenos y altiva apostura nos llevan a fuerza de brazos por el mar agitado bajo torrentes de lluvia, entre los gritos de los bateleros, intérpretes y pasajeros. Pasamos rápidamente la peligrosa barra entre negras rocas que parecen monstruos que vomitan espuma y nos hallamos en un mar tranquilo, junto al muelle de Jaffa, el cual está formado por un conjunto abigarrado de casuchas: la Aduana turca. Allí se agrupan los ros-

tros curiosos de los judíos y de los musulmanes. Los niños, pensativos y flacos, no tienen esa familiaridad simiesca de los *fellahinos* del Cairo. En sus ojos brilla una tristeza secular, una pesadumbre milenaria. Atravesamos las tortuosas callejas de un mísero bazar. El chaparrón se filtra a través de las esteras colgadas entre los techos. En los cafetines árabes, así como en las tiendas de especias y de tabaco se ven hombres que, fumando en sus *tchibuks* y con la cabeza envuelta en turbantes blancos, negros y grises, miran tristemente el desfile de los viajeros. Y en sus ojos fijos nos acoge esa melancolía singular que abruma a Palestina y a todos sus habitantes.

Ya estoy en el jardín del hotel. El sol ha hecho reverdecer el grano. Las casas blancas y los conventos esparcidos entre macizos de verdura brillan, y la vieja Palestina sonríe como si fuera una joven pagana. La brisa del mar mueve el follaje de los naranjales. El olor acre de los cactus se mezcla en el aire con los perfumes y exhalaciones de la tierra húmeda. Un inmenso sicomoro de hojas cadentes tiembla sobre mi cabeza como un velo vegetal retorcido por el viento. Hablo con un dragoman sirio que lleva un cinturón de seda y se cubre la cabeza con una cofia multicolor: es un robusto muchacho de grandes ojos lánguidos, bello como un príncipe. Es un maronita. Para recomen-
dárseme dice con arrogancia: "Soy católico y fran-

cés", lo cual es una misma cosa para los sirios. Una mujer cruza el camino pasando tras el vallado de cactus. Es, también, una siria. Su vestido de tela blanca bordado de amarillo se abre en punta sobre el pecho. Lleva esclavas de oro en los brazos y algunos cequíes en los cabellos. De su largo cuello sale la cabeza altiva, de arqueada nariz y perfil sensual y soñador. Sus ojos, negros como aceitunas, brillan serenamente. Todo anuncia que esta mujer es de naturaleza casta, todavía adormecida; desde su negligente manera de andar hasta su apostura. El dragomán le dirige algunas palabras en árabe.

Ella responde *Taieb* (está bien), y sacando una naranja de una caja, una de esas naranjas de Jaffa, de color amarillo oscuro, oblongas y sabrosas que brillan entre el follaje como linternas venecianas a la luz del sol, se la tiende al joven por encima de la hilera de cactus, volviendo después a poner en marcha su cabalgadura, con una sonrisa marfileña para el hermoso sirio y una mirada despectiva para mi vulgar vestido de turista europeo.

Al saborear esta escena, estos sobrios gestos y estas expresivas miradas concentradas, he creído escuchar la voz de la Sulamita del Cantar de los Cantares: "Morena soy, oh hijas de Jerusalén, mas codiciable; como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón" y la voz del amigo: "Vendrás conmigo del Líbano, desde las guaridas de los leo-

nes y los montes de los leopardos. Panal de miel destilan tus labios, oh esposa; y la fragancia de tus vestiduras es como el olor de los cedros. Huerto eres cerrado, hermana y esposa mía, fuente cerrada, fuente sellada", y la respuesta de la joven: "Que mi buen amado venga a mi huerto y guste sus frutos deliciosos... Mi amado es como un puñado de mirra. Y pasará la noche entre mis senos." Tales son las flores suaves y los frutos violentos que crecen en el tronco salvaje del alma judía, cuando el rayo de los profetas no la ha azotado para transformarla en carbón ardiente del altar de Jehová.

Lo encantador de Palestina es que en ella se vuelven a encontrar en todo momento las escenas familiares del Antiguo Testamento y del Nuevo y que se viaja más en el Tiempo que en el Espacio. No se puede dar un paso sin cruzarse con el patriarca que va de camino con sus tiendas y rebaños, con la despectiva moabita, la Santa Familia desterrada y el buen samaritano a caballo.

El ferrocarril que lleva desde Jaffa a Jerusalén es un ferrocarrillito inocente y vergonzoso: inocente, porque no ha conseguido estropear el paisaje, pues desaparece entre la rica vegetación de la llanura, no pareciendo más que un pobre gusano que se arrastra por valles solitarios, que van subiendo hacia la Ciudad Santa; vergonzoso, porque parece como si supiera que no se le quiere y que

sólo se le tolera en esta tierra, cuyos recuerdos están protegidos por su salvaje rusticidad. Sí, el ferrocarril es vergonzoso y miserable, pues a pesar de que los camellos que levantan su cuello al paso de la locomotora tienen aspecto de estúpidos, conservan un gesto de superioridad ante esta máquina que pasa. Y, cuando balancean su cabeza, parece que le dicen: "Por mucho que corras con tu inquieta cabellera de humo, oh monstruo de hierro, sólo llevas curiosos hastiados e impotentes hacia un objetivo que siempre huye; pero, nosotros, animales dóciles e infatigables, de lenta y firme marcha, somos los buques del desierto. Nosotros hemos llevado a los patriarcas a los oasis de la paz y a los profetas a los pozos de la verdad." A pesar de esto, atravesamos la llanura de Sarón, el antiguo país de los filisteos, sentados cómodamente en elegantes vagones suizos. A los naranjales suceden los trigales, las praderas rodeadas de hileras de nopales, de palmas espinosas, de olivos y de palmeras dispersas. El mes de marzo está acabando. Las grandes y brillantes flores de la primavera oriental esmaltan la grama, creciendo principalmente a la sombra de los árboles y de los negros zarzales como si temiesen al ardor del sol. Aquí florecen en forma de campanillas cerradas o de abiertas estrellas de oro y púrpura; y, sentados bajo los frescos palmerales, querríamos que pasara corriendo un rebaño de gacelas, sobre

la hierba aterciopelada, sembrada de anémonas, rojas como gotas de sangre, y de deslumbradoras primulas parecidas a soles diminutos. Y con la fantasía evocamos un grupo de hijas de Israel que vestidas de púrpura y azafrán, cantan un salmo sobre la Kinnor, al son de un tamboril, y marchan ante el Rey agitando palmas. Y hasta creemos escuchar su himno en el aire ligero desgranándose como un collar de metal: "Nosotros elevamos los ojos a las montañas de donde nos viene ayuda... ¡Cuán hermosos son los pies de los mensajeros del Señor que descienden de Sión!"

Desde los tiempos de Montesquieu y, sobre todo, desde los de Taine se ha hecho resaltar hasta la saciedad y de tal manera la influencia de la naturaleza en el hombre, en la sociedad y en la civilización, que se ha terminado por ver en ella el factor esencial de la historia. Esta idea que halaga a los instintos materialistas de nuestra época, se ha instalado tan bien en los cerebros que ha expulsado a todos sus enemigos. Tal como se expresan nuestros historiadores y sus discípulos les falta muy poco para que digan que el pensamiento humano, el arte y la religión son una vegetación natural de la tierra, igual que las flores de las diversas zonas del globo. Según ellos, las junglas o selvas del Ganges habrían engendrado el panteísmo hindú; de la misma manera que los golfos y las montañas de Helenia habrían modelado la mi-

tología griega. El monoteísmo sería, pues, un producto del desierto, y Jesús, la flor exquisita de Galilea. En todo lo cual hay una gran exageración mezclada con una verdad parcial. Lo contrario es igualmente verdad. La naturaleza se modifica constantemente bajo la mano soberana del hombre, el trabajo que éste aporta al cultivo y el esfuerzo del pensamiento que lo esculpe. Los bosques vírgenes más apartados, los de África y el Nuevo Mundo, son los únicos que nos muestran el cuerpo inviolado de la tierra y su poder devorador. La tierra lleva marcadas en todo su rostro las huellas del alma humana y el sello del Espíritu. Ni la agricultura, ni la industria, ni el arte dan a Palestina su fisonomía especial y, sin embargo, no existe ningún país en que la religión haya dejado en la tierra y en el alma de sus habitantes señales tan profundas como en éste. Esta tierra ha cambiado mucho en el transcurso de los tiempos. ¿Dónde están ahora la opulencia del país de Canaán, el esplendor del reino de Salomón, y la suntuosidad del de Herodes? Los alrededores del lago de Tiberíades y de la llanura de Jericó, que fueron antaño paraísos terrestres, son ahora incultas estepas. Desde los tiempos de Cristo y la destrucción de Jerusalén, Palestina ha sido un país pobre y salvaje, país de peregrinos y bandidos, de maldición y redención, preservado de las vulgaridades de nuestro mundo utilitario. Confiada en el tiempo que cambia todas

las cosas y envuelta en su miseria y en su recogimiento, la Tierra Santa espera siempre que se realicen las promesas del Mesías, mientras los corazones se orientan hacia ella desde todos los puntos del globo. La vegetación parece haberse contagiado de esta tristeza, de este anonadamiento, por no sé qué secreta simpatía del hombre con las plantas. Es una vegetación humilde, pastoral, enternecida y adorante. La palmera inclina su penacho de palma temblando; el olivo se prosterna y repliega en sí mismo con gestos de medroso anciano, y la higuera de las parábolas, árboles de frutos exquisitos y de la sabiduría, tapiza las laderas de los bosques grises y escala tristemente los flancos riscosos de las montañas. Pero los dos árboles característicos de Tierra Santa son la palmera y el olivo. Por todas partes la espesura graciosa de aquélla nos recuerda la entrada triunfal del Mesías en Jerusalén mientras que el follaje sollozante de éste, parece todavía húmedo por las lágrimas de Gethsemaní.

El tren atraviesa el valle de Sorec en que Dalila entregó a Sansón a sus enemigos, según refiere la Biblia. Después se interna por la sombría garganta de los Refaim o de los gigantes, célebre por los combates de David con los filisteos. Hay lluvia de piedras en los barrancos y extraños matorrales en las cumbres. Los montes sombríos de Judea nos encierran en un círculo dantesco. In-

sensiblemente, llegamos a una meseta barrida por el frío cierzo de las alturas. La noche llega; ya no se ven árboles, sino un paisaje informe. Las cepas azulencas de la viña que se arrastran a la luz • del crepúsculo como serpientes sobre la tierra negra nos dicen que estamos en Palestina y no en un país del Norte. Las bajas casitas de la leprosería protestante, institución saludable y grandemente caritativa, se extienden en la sombra. Pasamos frente a una fea colina que parece como aplastada. Es el monte del Mal Consejo, y el tren se detiene en una pequeña estación colorada que domina al valle de Hinom. De la otra parte de la estación hay un hacinamiento de casas que se extienden por una depresión del monte, el cual cierra el horizonte. Es la silueta de Jerusalén, que todavía se parece a la de las viejas estampas. La capilla de San Salvador, domina a la ciudad sumergida en la sombra con su pirámide de luz.

Atravesamos a pie el valle de Hinom. El barrio moderno que afea la llegada a Jerusalén, está sumido en profunda oscuridad. Llegamos a una porterna lúgubre, guardada por soldados turcos. Es la puerta de Jaffa. Unos tenduchos, iluminados con faroles, algunos beduinos a caballo y una hilera de camellos arrodillados nos hacen pensar en la Ciudad Santa de Oriente.

II

UN VISTAZO A JERUSALÉN

LOS TRES MUNDOS ENEMIGOS: JUDÍOS, CRISTIANOS Y

MUSULMANES

He pasado la noche entre los gruesos y fríos muros de la *Casa Nova*, hostería de los franciscanos en donde me albergo. En una ciudad en que la religión es todo, es preferible alojarse en un convento para impregnarse de su espíritu. En mi celda y en los mudos y fríos corredores reinaba un silencio sepulcral. Fuera no se oía otra cosa que ladridos de perros vagabundos y sin dueño. Esta mañana he subido a la terraza del convento que ocupa la parte, alta de la ciudad y desde donde se ve Jerusalén.

La ciudad, contemplada a vista de pájaro, tiene un aspecto severo y triste. Forma un cuadrilátero irregular, rodeado de murallas e inclinado hacia Levante. A la derecha y muy cerca se encuentra la antigua ciudadela de David, pesada construcción convertida en cuartel turco que ocupa el punto más elevado de Jerusalén. La ciudad desciende en suave pendiente desde esta altura, para terminar por su parte inferior en un muro rectilíneo que da a pico sobre el valle de Josafat, frente al monte de los Olivos. No se oye en la ciudad melancólica el rodar de un carruaje, ni se ve a nadie en sus calles. Únicamente las campanas rompen el silencio hablándose en los aires. Las callejas son estrechas

como profundas trincheras. No hay flores ni jardines. De trecho en trecho se ve un ciprés solitario que sé yergue en el centro de un patio desierto de arcadas deshabitadas. Casas de extrañas ventanas se aglomeran unas junto a otras, quizá aterradas por las plagas pasadas o esperando glorias futuras. Sus terrazas de parapetos están coronadas de cupulillas blancas que, vistas desde aquí arriba, dan a la ciudad el aspecto de un cementerio musulmán. Pero los ojos se sienten atraídos por dos inmensas cúpulas negras que sobresalen de las demás. Una de ellas se levanta en el centro de la ciudad: es el Santo Sepulcro o la tumba de Cristo; la otra, ocupa el lugar donde estaba emplazado el templo de Salomón, el ángulo Sudoeste: es la mezquita de Omar o la tumba de Jehová. Y las moradas de los vivos desaparecen bajo el peso de estas tumbas de dioses, pues ellas son las místicas arcas que atesoran los más profundos sentimientos que han conmovido el corazón de los hombres; las que conservan las más sublimes ideas que han con-

vulsionado la faz del mundo, y que evocan a un mismo tiempo el infierno de la historia y el cielo del alma, todo lo que pasa y todo lo que perdura, las siegas de la Muerte y las Resurrecciones de la Idea divina en la eterna metamorfosis. Mas ellas guardan celosamente sus misterios y esplendores. Estas dos cúpulas oscuras dan un carácter único a Jerusalén: su sello de enervadora tristeza e indestructible esperanza.

Y la Ciudad Santa está orando y esperando, hundida entre las montañas, con todas sus cúpulas que parecen las tiendas del pueblo de Israel blanqueadas por el sol del Levante. Un laberinto de colinas de color verde pálido, sembradas de capillas, conventos y hospitales la rodea, formando un horizonte de melancolía y penitencia. Tras el monte de los Olivos, una línea horizontal cierra el horizonte como el muro del Destino: es la sierra de Moab. Jerusalén tiene un significado histórico y otro profético para toda la humanidad. Tratemos de adivinarlos en sus monumentos y fisonomía actual. Consultada así, quizá nos revele su secreto y nos diga si le queda algún papel que representar en el mundo, algún destino que realizar.

He vagado durante los primeros días por Jerusalén de Norte a Sur, de Levante a Poniente, sin salir de sus murallas. Me parece vivir en **un convento**, en **una prisión** o en **un cuartel**. En esta ciudad de **penitentes, cautivos y guardianes ce-**

losos me siento angustiado, me ahogo y, por contraste, sueño con templos de mármol blanco, con desnudos atletas a la luz del sol, con caballeros libres en las sabanas del Nuevo Mundo. Cuando ya de noche, vuelvo al silencio del claustro y me refugio entre los paternales y sonrientes franciscanos, para no ver esa tristeza escrita en las piedras y en los rostros de la ciudad austera y silenciosa en cuyas laberínticas, estrechas y empinadas callejuelas es fácil extraviarse, experimento cierto solaz. En estos muros están juntas las piedras romanas con las judías y musulmanas. Estas casas se han demolido a menudo, pero se han vuelto a construir con las mismas ruinas y con el mismo estilo de poterna y fortaleza. A cada paso se encuentran pasajes que se deslizan por debajo las casas. Acá un arco de tiempos de Herodes se inclina sobre la calle; acullá la bifurca un lienzo de muralla sarracena mirándonos maliciosamente desde sus enrejadas troneras, y más lejos, la cierra un convento con su puerta ojival sobre la cual hay un crucifijo... El viajero se extravía fácilmente bajo los pórticos de las iglesias en donde los monjes rezan de rodillas, rodeados de cirios; y se pierde bajo los largos túneles, bazares y mercados, en que los velones arden en oscuros tenduchos, donde beduinos y camellos se mezclan al andar formando un lío inextricable. Por todas partes vagan perros sin dueño, delgados como chacales degenerados.

Estos pobres animales duermen en cualquier sitio, sobre inmundicias, y os imploran con sus ojos tiernos y desesperados.

Jerusalén está dividida en tres distritos, que son como tres poblaciones distintas. Es preciso visitarlas una tras otra para comprender la fisonomía sorprendente de esta ciudad única en su género. Entonces se comprueba que aquí se codean Asia, África y Europa sin comprenderse ni lograr separarse. El judaísmo, el islam y el cristianismo se encuentran aquí en una tierra consagrada por el origen común de sus tradiciones. Cada uno de estos tres cultos se considera el único legítimo; pero, como no puede expulsar a los otros, los mira celosamente mientras que Moisés, Jesús y Mahoma, se ciernen por encima de ellos en una comunión incomprensible, que los tiene a todos en jaque y manda que todos se respeten.

El barrio judío, encerrado entre el armenio, el musulmán y la muralla de la mezquita de Omar, es el que tiene aspecto más extraordinario. Sus sórdidos habitantes pasean por el dédalo de sus callejuelas y viven en casas de bajas puertas y ventanucas con celosías que apenas dejan entrar la luz del día. La mayoría de ellos son *sefarditas* o judíos de ojos azules y cabellos amarillos, que han venido de Polonia. Los jóvenes, cubiertos con puntiagudos bonetes de algodón, llevan levíticas grises, ajustadas por la cintura; los viejos pobres usan

mantos sin mangas, y los viejos comerciantes vis-
ten mantos de pieles ya gastadas. Rabinos vestidos
con mantos de color carmesí caminan a paso corto.
Los terciopelos azules o violetas, las sedas rojas o
rosadas cuentan poemas de lujos antiguos o de luen-
ga miseria, de indomable arrogancia o de profun-
da humillación. Casi todos los hombres llevan en la
cabeza rizadores de papel, cuyo peinado se armoni-
za con sus rasgos finos y distinguidos, dando a sus
rostros un aspecto algo femenino y aristocrático.
Un orgullo secreto, una coquetería no desprovista
de arrogancia se adivina en la espantosa abyección
de su servilismo. ¡Y qué arrugas más legendarias
se ven bajo los gorros hechos de pieles de largo
pelaje! Hay magníficas cabezas de usureros y fa-
riseos. Se diría que los antiguos miembros del Sa-
nedrín se pasean por estas calles, pero, despojados
de su antiguo poder, os lanzan maliciosas miradas
a través de sus antiparras. Hay tipos notables. A
veces, un judío español, un *Akhenezim* sentado en
la escalera de su puerta y leyendo el Pentateuco,
os recuerda a un profeta de Miguel Ángel, mien-
tras que un niño de faz de cera y ojos traslúcidos
que se empapa del sufrimiento que flota en el am-
biente, os mira con raro espanto, tendiendo la mano
con timidez, como un pequeño San Juan que hu-
biera perdido a Jesús, su compañero de juego.
Todos viven encerrados en su *ghetto*. Y, sin
embargo, esta población miserable aumenta con-

tinuamente, formando la mayor parte de la ciudad, bajo la protección de la Alianza Israelita Universal. Las persecuciones les obligan a venir a Tierra Santa, pero también les trae aquí el deseo de que les entierren "junto a sus padres" en el valle de Josafat. Mas ni un solo judío se atrevería a penetrar en el recinto sagrado del antiguo Templo de Haram-ech-cherif, pues los soldados turcos lo matarían como a todo cristiano que osara hacerlo sin la protección de un *cawas* consular. Además de que es demasiado vergonzoso ver la mezquita de Omar emplazada en el mismo lugar en que estuviera el templo de Salomón. Y los judíos no se atreverían tampoco a pasear sobre el Santo de los Santos, reservado al Gran Sacerdote, pues, por muy profanado que esté este lugar por los enemigos del pueblo de Dios, está siempre consagrado a Jehová, según la creencia de Israel. Así que a menudo se ven palidecer los rostros de los rabinos y agitarse todas sus arrugas con un temblor de cólera ante la mirada indiscreta del extranjero.

Cuando se pasa al barrio musulmán se ve en seguida que se ha cambiado de religión, raza y ambiente social. Este barrio se parece mucho a todos los bazares de Oriente, con sus largas calles sucias y pintorescas, cubiertas de lona, por las que caminan con desdeñosa negligencia altos, arrogantes y enjutos beduinos de perfil aguileño y **tosta-da piel**, con sus **largos** mantos que arrastran por

el suelo barriendo el polvo. Y también se ven mujeres acuclilladas, de senos flácidos y miradas de animal, y árabes de barba blanca, hermosos como patriarcas. En la idea cándida y la calma majestuosa que les circunda como el albornoz con que se cubre el cuerpo, todos estos hijos de Ismael parecen decir: "Pasad, cristianos y judíos. — ¿Quién puede bautizar mejor que el Dios que adoramos?" (Corán TI, 132), "No hay más Dios que Dios; no hay otro Dios que él, el Dios vivo, el inmutable" (Corán 11-256). "Pasad, cristianos y judíos. Somos hijos de la tienda. Vuestras ciudades acabarán por convertirse en ruinas y vosotros en polvo; pero, como Alá, el desierto inmenso y la tienda nómada no cambian. Somos los hijos de Alá y del desierto."

El barrio cristiano es completamente distinto. El mundo judío y el musulmán están representados por un rasgo único: el barrio cristiano es todo lo contrario. Todo tiene en él el sello de la diversidad: monumentos, vestidos y rostros; ese sello de las luchas intestinas y del trabajo incesante que dividen a la Cristiandad, pero también hay una vida moral e intelectual más intensa. En la plazoleta del Santo Sepulcro, al que se desciende por una escalera como a un foso, desfilan peregrinos de todos los países del mundo y todas las Iglesias cristianas. Allí se cruzan los sacerdotes con los fieles entre los puestos de objetos santos. Los po-

pes griegos se caracterizan por su prestancia autoritaria y por sus grandes sombreros negros, y parece que os dicen con su arrogancia: "Desde los tiempos de Bizancio somos los dueños de esta tierra y no dejaremos a nadie nuestro dominio." La fisonomía de los monjes y sacerdotes latinos indica una vida religiosa y activa, un ardiente proselitismo. Esos ojos en donde arden una fe profunda o una voluntad imperiosa, proclaman la pretensión del Pontífice de Roma, sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo, de dominar espiritualmente al mundo. Las encarnizadas guerras de los tiempos pasados por la posesión de la Ciudad Santa y la febril competencia de hoy, tienen su razón de ser. Esta razón de orden puramente religioso se concentra para los cristianos en la Vía Dolorosa que atraviesa Jerusalén de Este a Oeste, y sube desde la puerta de San Esteban al Santo Sepulcro. La calle, estrecha y angulosa, se parece a las demás de Jerusalén, y los conventos y capillas en ella situados indican las catorce estaciones del camino de la Cruz. Aquí os enseñan el vestigio de una escalera del Pretorio de Pilatos. Más lejos está el convento latino de la Flagelación. En el cuarto] turco se puede ver la capilla de la coronación de espinas. Unos cuantos pasos mas allá se encuentra el arco del Ecce Homo. Los ligares en que se supone que el Cristo cayó las tres veces, debido a la pesada carga, están señalados por co-

lumnas v placas de mármol. Una columna rota y empotrada en el suelo señala la casa de Santa Verónica. De este modo, la tragedia sagrada e infinitamente tierna se revive escena por escena, gesto por gesto, en la larga calle que termina en el Calvario, el cual ha sido transformado en basílica, en inmensa capilla ardiente. Los lugares más o menos auténticos de este drama doloroso y los símbolos imperfectos que lo recuerdan están oprimidos y mutilados por el peso de las casas que amenazan venirse abajo y por la tenebrosidad de las calles. El arte ha retrocedido impotente ante la realidad y el terror sublime de los recuerdos. De estos muros que han visto en éxtasis pasar la procesión de los siglos rezuman la sangre y el llanto de la humanidad, siempre culpables, pero inevitablemente prosternada y enternecida ante el drama de Ja Pasión. Aunque en su capilla, situada en este recorrido, cerca del arco del Ecce Homo y del convento de las Damas de Sión, lancen los derviches el grito de Alá ante el cortejo invisible que pasa y repasa, y se jacten de venir del país de Brahma, Vishnú y Siva, se ven obligados sin darse cuenta a unirse al cortejo de lamentaciones y a exclamar como Pilatos: Ecce Homo, he aquí al hombre, ese hombre flagelado que, muriendo bajo el peso de la cruz, ha vencido a todos los dioses. Pues en esta vía se resumen las naciones, razas e Iglesias hostiles, en un dolor común cuando vie-

nen a llorar ante los ensangrentados vestigios. El fenómeno realizado aquí, fenómeno desconocido **por** la Humanidad precedente y nuevo para ella, es el del Dolor transfigurado, el del hombre convertido en Dios por su martirio y muerte.

La Vía Dolorosa nos habla al atardecer, con penetrante elocuencia, al corazón y al pensamiento. Cuando el sol se ha puesto tras la ciudad alta y la sombra del Valle de Josafat envuelve a **Jerusalén** se escapan cánticos y sollozos de las bóvedas subterráneas, llenas de cirios encendidos, y se ven las nobles mujeres, procedentes de todas las regiones de la tierra, que se inclinan vestidas de sayal en las elevadas terrazas de los conventos, para contemplar con indecible melancolía el monte de los Olivos aún acariciado por los pálidos rayos del sol moribundo, pues allí fue donde Jesús lloró por Jerusalén; allí donde prometió que: "El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán." Y entonces, un escalofrío de muerte y esperanza recorre los viejos cipreses y las almas contristadas que pueblan la ciudad, escalofrío que únicamente se siente en Jerusalén.

De esta manera viven unos juntos a otros en los tres campos hostiles de la Ciudad Santa: el mundo judío, el cristiano y el musulmán, sin penetrarse ni comprenderse, desconfiados y huraños. Son tres razas, tres religiones, tres universos, cada **uno de los** cuales niega a **los** otros dos, **aunque a**

este lugar les atraiga una misma tradición, un mismo Dios. Una misma tumba les manda que teman, respeten y adoren. No es esta la más pequeña de las originalidades de esta ciudad única, ni la cuestión más leve que presenta al pensamiento. El judaísmo, vuelto hacia el pasado, únicamente sueña en su grandeza nacional y piensa siempre en dominar materialmente al mundo, con el sentimiento obstinado de una misión a realizar. El Islam reposa en el Dios absoluto, inmóvil en su fatalismo y fe. La conciencia cristiana concentrada en el misterio del Dolor, el Amor y la Muerte, se orienta lentamente hacia el porvenir, hacia una renovación del alma y del mundo. ¿Cuál es esa renovación? Aquí se dividen las sectas, las Iglesias y las doctrinas, se disputa y se combate, aunque la orientación sea idéntica: la de seguir las palabras y la vida de Cristo. Aunque la brújula inquieta del Alma de Occidente vibre y oscile en las tempestades, se fija siempre en un punto de la tierra o del cielo de donde brota esta palabra: *¡Resurrección!*

¿Serán siempre irreconciliables estos tres mundos de Jehová, de Alá y del Triple Dios cristiano, o llegará un día en que una armonía primordial, una síntesis futura les una en un solo haz?

III

VISITA AL SANTO SEPULCRO

Luego de pasar por un dédalo de calles, bazares y poternas, se descende por una estrecha escalera para entrar en una plazoleta cuadrada y rodeada de conventos e iglesias, que sirve de entrada a la basílica del Santo Sepulcro. Esta plaza rebosa siempre de gente vestida a la moda oriental. Entre los grupos de negros abisinios cubiertos con pintorreados cufies, de maronitas vestidos con amarillos caftanes, y de humildes y harapientos *mujiks* rusos, se ve una multitud de vendedores con sus puestecitos de objetos piadosos. Los hay para todas las fortunas y, sobre todo, para los pobres: cruces de nácar y crucecitas de madera negra, rosarios de ébano y de oloroso boj. Y, ¡cosa rara!, entre las viejas y gastadas losas, surgen trozos de columnas partidas, vestigios de antiguas iglesias demolidas. Jerusalén ha sufrido veinte sitios y, aunque las guerras y las invasiones las hayan destruido, las iglesias del Santo Sepulcro han vuelto a levantarse en esta tierra de lágrimas, como esos árboles

32

del Indostán, cuyas ramas cadentes se replantan en el suelo, formando nuevos y nuevos troncos, hasta hacer con ellos un bosque inextricable.

No importa gran cosa que el monumento esté emplazado en el verdadero Calvario y en la tumba de Cristo. Aquí está indudablemente el lugar más

sagrado de la tierra, pues el acontecimiento que conmemora y que le santifica ha cambiado la faz del mundo y la esencia del alma humana.

La antigua basílica, que fue reconstruida y restaurada después del incendio de 1805, está incrustada entre iglesias y conventos que la ocultan y oprimen, pues solamente se ve su fachada principal que da a la plaza y que forma la extremidad del brazo Sur del crucero. La antigua fachada de las cruzadas, de color gris rojizo, de piedras gastadas y rotas, parece una iglesia bizantina y una fortaleza. La fachada almenada sólo tiene dos ventanitas con columnitas, coronadas de archivoltas. En la superficie de los dinteles hay bajorrelieves del siglo XII que representan a un Cristo nimbado con su cruz y todo el simbolismo grotesco y pueril de la Edad Media: arpías, sirenas, palomas y dragones que se persiguen en un gran árbol. La basílica tiene dos puertas romanas. La de la derecha está tapiada. Bajo el negro pórtico de la otra se ve brillar una gran cantidad de luces que arden en el interior del santuario, envueltas en una neblina

de incienso, y se oyen los vagos murmullos de los cantos religiosos.

Se entra por un oscuro vestíbulo del que penden centenares de encendidas lámparas. Lo primero que llama la atención es un amplio diván rojo tan grande como una cama de cuerpo de guardia y que parece un trono deterioradísimo de un sultán de leyenda. Tres soldados turcos están acostados en él: dos de ellos duermen; el otro, fuma indolentemente en su *tchibuck*, y las espirales del humo del tabaco se mezclan con las nubes de incienso. Son los guardianes obligatorios del Santo Sepulcro, que vigilan la puerta y el interior de la catedral. Indudablemente, es humillante para los cristianos verse protegidos por los emisarios del Gran Turco, sobre todo cuando se recuerda lo que el Gran Turco hace en otras partes; pero de esto debemos felicitarnos, pues si no estuvieran aquí estos guardianes indiferentes y desdeñosos, las iglesias cristianas se disputarían a mano armada la posesión del santuario. Ismael es un buen guardián cuando hay sobre él una autoridad suficiente, y quizá sea este su papel en el futuro.

Si, después de dar algunos pasos se mira a los lados, la mirada se pierde en un barullo de pórticos, capillas y arcadas que se confunden y sobrepone. Son como oscuras cavernas llenas de cirios móviles, de hábitos sacerdotales, de gimientes letanías y de un rumor continuo de febriles som-

bras humanas. Aquí están diez y nueve siglos de historia cristiana que piden su lugar en la tumba de Cristo, la cual ha suspendido el tiempo para tantas almas y suprimido el espacio. Aquí están las losas que cubren los cuerpos de Godofredo de Bouillón y de Balduino. Aquí está la piedra de la Unción, en que se dice que fue embalsamado Jesús; aquí la plaza de las Tres Marías, y la capilla del Santo Sepulcro, bajo la alta rotonda.

La primera ojeada nos produce gran decepción. Como se tienen en la imaginación las escenas del Evangelio, se espera ver aquí algún profundo sepulcro tallado en la roca y, en su lugar, se encuentra un esbelto y gigantesco quiosco, cubierto **por** una especie de corona y por innumerables lámparas de plata. Desde la época de Constantino el Grande, los devotos han sobrecargado y ornamentado este lugar, sin sentido alguno del arte ni del simbolismo superior. Primeramente, se ha tallado la parte de roca que encierra la tumba, convirtiéndola en un monolito al separarla del resto del suelo, y, después, se ha rodeado el conjunto con una capilla cuadrangular de mármol que se levanta en el centro de la cúpula, en el corazón de la basílica, lo cual produce un efecto opuesto a la impresión sencilla y profunda que se buscaba; mas produce otro de rara grandeza, a la vez suntuoso y bárbaro. Y nos preguntamos qué es lo que significa este quiosco de columnas retorcidas, revestido de una

mallas de lámparas como de una casulla, y rodeado de enormes candelabros tan altos como él, en los que arden gruesos cirios. El *mujik* o *cofto* que los *i* vea debe tomarlos por los candelabros del Apocalipsis o por alarbas de gigantes. Quizá piense que este santuario guarda algo precioso, siempre *i* incomprendible. El pope que está de vigilante en la puerta de la capilla no deja entrar a los visitantes más que uno a uno. En el interior hay un deslumbramiento de iconos de oro y lámparas ardientes. Los fieles se arrodillan ante el mármol de una piedra sepulcral desgastada por el roce de los labios. Pero no hay nada que recuerde la majestad de esta tumba, ni las escenas místicas que iluminan con su blancura al corazón de los miles de creyentes esparcidos por el globo. Se sale por la puerta opuesta, y nos sentimos conmovidos por esas devociones ardientes, que se multiplican principalmente alrededor del santo lugar. A mi lado hay hombres en pie que parecen como hipnotizados; un poco más allá se encuentran algunos peregrinos arrodillados, y más lejos aún algunas mendigas, prosternadas completamente en tierra, que no se atreven a aproximarse. Mientras los monjes latinos cantan el oficio en uno de los lados del Santo Sepulcro, los sacerdotes griegos esperan colocados en la parte opuesta, en el umbral de la basílica, para reemplazarlos. Cada deslumbradora capilla de las diez que forman un semicírculo al-

rededor del Rey de los sepulcros, pertenece a una iglesia distinta. En todas se canta, se murmura, se salmodia, lo cual forma una cacofonía singular. Un obispo, vestido con casulla negra, oficia en la de los abisinios ante una multitud apiñada que murmura plegarias. Esto parece evocar el recuerdo de una lúgubre escena del Santo Oficio.

En resumen, a mí me parece que el Santo Sepulcro con su basílica es un relicario gigantesco, en el que la piedad secular de los pueblos cristianos ha encerrado la tumba maravillosa, para guardarla a fuerza de acercarse a ella con un celo mezquino y fanático. Es ésta una piedad infantil, aunque ciega, ardiente y egoísta en la que cada cual busca solamente su propia salvación sin preocuparse de la de toda la humanidad, sin comprender a su prójimo y hermano, preocupándose de él muy poco y, aún más, detestándole porque lleva otro hábito y porque su fe tiene otra fórmula, y enviándole porque posee un pedazo mayor del santuario.

Así como en el Harem-ech-cherif aparece la división profunda que existe entre Israel, el Cristianismo y el Islam, de la misma manera se observan en el Santo Sepulcro las disensiones intestinas de toda la Cristiandad; sin embargo, la piedra sagrada del templo de Jerusalén contiene el pensamiento unitivo, como el Santo Sepulcro contiene el Alma cuyos rayos deben abarcar a la huma-

nidad entera; pero todavía no ha brotado este pensamiento, esta Alma con su universalidad maravillosa.

El Santo Sepulcro es una Babel de los cultos cristianos, pero aún no es su Jerusalén.

La religión que aquí reina y que representa a la vulgaridad del sacerdocio humano, es una religión que ha reemplazado la doctrina de la resurrección y la vida —doctrina que constituía la fuerza del primitivo cristianismo,— por el culto de la expiación y la muerte. La civilización que realizase en todo su significado este pensamiento de Cristo: "En verdad os digo que si no naciereis otra vez, no entraréis en el reino de los cielos", tendría una filosofía, una moral, una sociología, un arte y un culto que aún hoy día no existen. Además, no sólo no se realizan estas palabras, sino que apenas se comprenden. Lo mismo ocurre con muchas de las palabras del Divino Maestro, que son parecidas a esas gotas de rocío que brillan como si contuviesen todo el sol, aunque no son sino gotas temblorosas suspendidas de las hierbas del camino.

La sensación de ahogo que produce el Santo Sepulcro se aviva aún más en el piso superior, donde está la capilla de la crucifixión, en que brilla un Cristo de plata entre dos ladrones, y en donde se enseña el pretendido hoyo de la cruz bajo un retablo. No hay imagen alguna que evoque la terrible majestad de la escena que ha sido la gran

palanca del cristianismo.

Descendamos a la capilla de Santa Elena. Este subterráneo es el lugar más imponente de toda la basílica. Las amplias escaleras descienden y creemos entrar en un profundo calabozo por un tragaluz tenebroso. Después de descender treinta escalones, nos encontramos en una cripta tenebrosa tallada en parte en la roca. Sin embargo, a la luz que se filtra por las ventanas que tienen forma de troneras se distinguen las cuatro gruesas columnas que sostienen la aplastada bóveda. En estas tinieblas penden numerosos huevos de avestruz ofrendados por los hijos del desierto e innumerables lámparas macizas de metal que arden temblorosamente. Entre los muros, de los que rezuma la humedad y el salitre, se ven vagamente rostros de santos y santas nimbados. Dícese que aquí es en donde la emperatriz Elena solía pasar los días orando y, meditando en el misterio de la cruz. Sufrir, amar, orar esperando, esto es lo que verdaderamente enseñó el Cristianismo a la antigua humanidad pagana y a la joven humanidad bárbara.

Más, ¿quiénes son estos fantasmas arrodillados en las escaleras que yo no había visto al descender y que permanecen allí como pegados a los rincones y a las lumbreras tapiadas de los muros? ¿Son sombras o estatuas? ¿Son corazones de pie-

dra o de carne esas figuras inmóviles, silenciosas que no abren la boca ni extienden la mano? Son los que no tienen esperanza, que aún siguen rezando por costumbre: mendigos llenos de úlceras, parálíticos, lisiados, seres cubiertos de males que, no atreviéndose a salir a la luz del día, gustan conversar en la penumbra subterránea.

Semejante lugar es a propósito para descubrirnos ese poder particular del Cristianismo que mejor que ninguna otra religión, ha sabido descender a los abismos del Dolor y de la Muerte y encontrar en el fondo de sus amarguras la dulzura de inmortales esperanzas. La vista se acostumbra lentamente a la oscuridad, y se distinguen cosas que no se veían al principio. En el fondo del subterráneo veo un negro agujero que conduce a una cripta aún más profunda: es la capilla llamada del *Hallazgo de la Cruz*. Ante este agujero negro reza un anciano arrodillado y replegado sobre sí mismo. ¿Qué viene a buscar esa encarnación de la miseria humana en la caverna del sufrimiento, tras la que se entrevé el indecible horror de la muerte, más terrible que las torturas todas de la vida? ¿Qué le ocurre a ese hombre decaído? ¿Qué piensa ese consumido cerebro? ¿Qué siente ese corazón de anciano que casi no late ya? ¿Quién lo sabe y quién le puede consolar? Cristo... pero Cristo no está aquí, porque sólo pasó de largo por la tierra. Ese anciano ha dejado de ir a los oficios y de inclinar-

se ante las urnas inútiles. La música sonora de las campanas llega a sus oídos solamente como un vago campanilleo; el canto de la basílica es desde aquí un zumbido monótono, y la gente que en ella se agita, una vana fantasmagoría. Ese vencido de la vida se ha lapidado en su soledad, ante la otra cripta más negra y profunda... Y, sin embargo, reza todavía.

Y, entonces, descendió sobre el viejo harapiento un débil rayo del día lejano, un rayo azul: él levantó su cabeza; sus labios se movieron, y una vaga sonrisa iluminó su rostro atontado, sonrisa que expresaba sublime resignación. Y me pareció que el abandonado anciano perdonaba a todos los ricos y venturosos de la tierra, y que entraba en la unidad misteriosa de todas las almas. ¿Había comprendido quizá las palabras del Cristo pronunciadas tras el supremo silencio y la suprema desesperación: "Todo se ha consumado"?

IV

LA MEZQUITA DE OMAR. — EL TEMPLO DE JERUSALÉN Y SU HISTORIA

El *cawas* del cónsul de Francia, a quien yo había despedido la víspera, se ha presentado esta mañana con dos soldados turcos en el convento de los Franciscanos, para conducirme a la mezquita de Omar. El *cawas* es un hermoso jenízaro, algo así como un Hércules turco de alargada faz, en cuyos ojos de tártaro disciplinado asoma una sonrisa protectora. Como los *cawas* de los cónsules sirven de intermediarios entre cristianos y musulmanes, son aquí personajes importantes y se sienten envanecidos del poder que ejercen y del respeto que se les tiene: son los dueños de Jerusalén. El mío ha cambiado algunas palabras con el Padre Felipe, el venerable ecónomo de *Casa Nova*. Parecían, bajo el pequeño pórtico del convento, dos personajes pintados por Sodoma o Bocafumi. El monje italiano, que es muy cortés y amable, me ha despedido con una sonrisa indulgente de sus gruesos labios, que se dibujaba bajo la bruma gris de su barba apostólica, sonrisa que quería decir: "Yo no iría a una mezquita a hacer mi oración del alba"; mientras que el rostro triunfante del tártaro proclamaba lo contrario: "Alá nos envía **infielos**, para proveemos de hermosos *bakchiches*. Monjes e incrédulos, sois nuestros servidores. ¡Gloria a Alá!" Descendemos hacia el barrio musulmán por es-

trechas ralles. Me he cruzado con un viejo rabino bajo la bóveda de un bazar. Al ver al **jenízaro**, ha comprendido que yo iba a la mezquita de Omar, es decir, al emplazamiento del templo de Salomón y me ha lanzado una mirada de odio y reprobación que quería decir: "Tú, el hijo de los que han destruido el templo de Jehová, vas a ver el Santo lugar; mientras que yo, el hijo de Israel, sólo tengo derecho a llorar en el muro de David." Hemos pasado junto a la torre Antonia, feísima construcción romana transformada en cuartel turco que sobresale de un fárrago de casas, donde se pretende que Pilatos juzgó a Cristo. Cuando íbamos a entrar por la puerta enrejada en el Haram, al fin de la sombría calle, un niño mograbín me envió una maldición haciendo ademán de tirarme una piedra. Los musulmanes consideran este lugar como el más sagrado de sus santuarios después de la Meca, y sus fanáticos guardan rencor al infiel que lo profana con su presencia.

¡Cuántas envidias, odios y pasiones rodean al templo de Jehová! ¿Por qué razón han de des-

trozarse entre sí las almas entenebrecidas en el umbral del Eterno ante el que deberían unirse todos? Mas estas mismas pasiones fomentadas por tres mil años de luchas religiosas que aún no han terminado, son las que prueban la atracción mística del lugar denominado tan apropiadamente por los musulmanes Haram-ech-cherif, el recinto sagrado, sagrado igualmente para las tres grandes religiones que han modelado la historia. Este es el gran santuario de Israel cuyas dos ramas son la Cristiandad y el Islam, y si se cumplen las antiguas profecías, ha de ser también el lugar de su reconciliación y llevará en un lejano día los símbolos antiguos y modernos de la religión universal.

Por la lúgubre puerta, guardada por centinelas turcos, entramos en la vasta explanada que forma el rincón Sudeste de Jerusalén. Es un rectángulo de 500 metros de largo por 300 de ancho, que dibuja exactamente el contorno del antiguo templo de Herodes. Es un blanco desierto en el que las margaritas, primaveras y gramíneas crecen en los intersticios de las viejas losas. El santo atrio se ha convertido en una pradera melancólica. Por doquiera se encuentran *mirhabs*, trozos de columnatas, arcos de triunfo rotos, capillas musulmanas, graciosas rotondas rodeadas de elegantes columnas. Y, más lejos, el tazón de una fuente y seculares cipreses cuyos gruesos troncos parecen cadáveres, aunque su fúnebre verdor, siempre opulento, abri-

gue a centenares de palomas, como esas viejas religiones que no quieren todavía morir y sirven de abrigo a millares de almas. La esbelta y octogonal mezquita de Omar, con muros llenos de ventanas ojivales, su tambor azul resplandeciente y su oscura cúpula coronada con una media luna de oro, se yergue en el centro de la gran plaza sobre una elevada terraza a la cual da acceso una amplia escalinata. La sombría tristeza que el *Ham-ech-cherif* inspira al principio se transforma en serenidad majestuosa a medida que se concentra la mirada en la elegante maravilla, que parece un palacio de Aladino evocado por magia en el seno de las ruinas.

Mirando alrededor de la inmensa plaza se hace más intenso el contraste entre la mezquita y sus alrededores de aspecto bárbaro e inculto. Por el Levante y el Sur la alta muralla de la ciudad cierra el patio con la línea negruzca de sus agudas almenas. El terreno está como cortado a pico de la otra parte del muro y da sobre los valles de Josafat y de Hinom. Al Poniente y al Norte se extienden dos hileras de sórdidas casas derruidas, sin puertas, que tienen agujeros enrejados en lugar de ventanas. Las viejas moradas de los cruzados y de los sarracenos se hacinan en el recinto de Salomón y en el pretorio romano cuya gran audiencia se conserva todavía, formando un conjunto siniestro y complicado de restos humanos. Y se creen ver

los chiribitiles de una fantástica soldadesca, una especie de cuartel de las naciones en el que se encerraran los miserables y los militarotes de todos los siglos, quienes hace más de mil años que contemplan a través de los barrotes de hierro de su prisión la maravillosa mezquita, el templo de Alá que deslumbra al Sol con sus reflejos de esmeralda y turquesa. De vez en cuando, interrumpen sus juegos y peticiones para contemplarla con los ojos preñados de lágrimas e inyectados en sangre. Pero el patio está cerrado y el templo es inaccesible.

Sunt lacrymae rerum. En todo esto hay una lógica profunda de la historia, una imagen llamativa del estado actual de la humanidad y, quizá, un significado secreto del porvenir. Este suelo ha despedido vahos de plegarias y maldiciones, y ha resonado con los himnos sagrados y los gritos de la muerte. Los reyes y los pueblos se lo han disputado, creyendo que su posesión les daría el imperio del mundo y la entrada del cielo. Un viajero contemporáneo que ha paseado su alma de sensitivo y escéptico desesperado por todo el globo, Pierre Loti, ha llamado poéticamente al *Haram-ech-cherif* "el corazón silencioso de Jerusalén"; pero este corazón late de odio y de amor. Aquí rezuman las piedras pensamientos eternos. Sean cuales fueren, los crímenes que han conmovido estos muros son resultado de un prodigioso esfuerzo, del esfuerzo más espiritual, audaz y vasto que haya existido

jamás, pues tuvo por objeto la unidad humana coronada por la unidad divina.

Cuando se piensa en la grandeza de los acontecimientos que han tenido lugar aquí; cuando se medita sobre lo que representa ante el mundo este santuario, en el que los iniciados de Egipto y Caldea se encuentran con los profetas de Israel; cuando se reflexiona en que este templo ha mantenido y mantendrá el equilibrio de los reyes de Ja justicia y la tiara de los pontífices del Espíritu; por otra parte, cuando se lanza una mirada al estado de la humanidad actual; cuando se observan el marasmo de Oriente y la barbarie científica de Occidente, las divisiones de la cristiandad, el materialismo radical de sus guías intelectuales, el profundo agnosticismo de sus sacerdotes, la escéptica indiferencia de sus pretendidos sabios y el empirismo anárquico de sus gobiernos: entonces uno se siente agradecido a los hijos de Ismael y a los discípulos de Mahoma que velan en este lugar como sobre una reserva sagrada, no permitiendo que sea tocada. La Iglesia griega y la romana, mezquinas y rivales, construirían aquí catedrales llenas de oropeles y capillitas de devoción. Únicamente el Islam podría conservar la hosca soledad del lugar, su carácter de absoluto, que es un testimonio y una promesa, al mismo tiempo que una protesta.

Acompañado del jenízaro, he subido a la terraza

por las escalinatas de suave pendiente y he dado la vuelta a la arrogante mezquita octogonal. De cerca se admiran los tonos discretos y ricos de las porcelanas de que está revestida, que se dibujan sobre su turbante de delicados mosaicos. Desde los cuatro lados de la terraza se abarcan con la mirada los cuatro lados del Haram. El imán, vestido de negro y blanco, nos espera ya en el gran pórtico para mostrarnos el interior del templo, que es más maravilloso todavía que su tornasolada vestidura. Mas, antes de penetrar en él, me detengo bajo la escalinata, para sentarme en un banco de mármol no lejos de la mezquita El-Aksa, que es la que sirve para el culto, pues la de Omar no es más que un monumento conmemorativo. Mis ojos están fascinados por las losas blancas, esmaltadas de flores, de la gran plaza, que brillan reflejando el sol de marzo. Estas losas no deben arrancarse de aquí, pues hacen emanar la magia de los viejos recuerdos, que aflora y vaga por el aire silencioso. He aquí que las grandes escenas de la historia se desarrollan ante mí en rápidas visiones.

Mucho tiempo antes de Moisés, cuando los Ibrim o los Hebreos no eran aún más que tribus dispersas en las estepas de Asia, en la época de los patriarcas nómadas y monoteístas del desierto, a los que engloba la Biblia en el nombre de Abraham, el monte Moria en que nos encontramos era ya un lugar sagrado, "un lugar elevado" consagrado al

Dios supremo, aunque entonces no existían la raza, ni la ciudad, ni el templo. Una montaña pedrada emerge de las gargantas salvajes, coronada con una meseta rocosa; esta altura está protegida por un círculo de piedras sin labrar, como las de nuestros *crotnlecs* celtas. En el recinto sagrado había tiendas y rebaños, y acampaba una tribu. En lo más elevado de la roca que sirve de ara, un patriarca ofrece de pie el sacrificio del fuego con las primicias del año, sarmientos de vid y trigo, a Elohim o El-Helión. Es Melquisedec, primer rey de Jerusalén, un rey de justicia a quien Abraham rinde vasallaje como a un superior, con el cual comulga con las especies de pan y vino, y de quien recibe la bendición. Esto lo atestiguan los dos versículos de la Biblia: "Entonces Melquisedec, rey de Salem, sacó pan y vino, el cual *era* sacerdote del Dios alto." — "Y bendíjolo y dijo: Bendito sea Abraham del Dios alto, poseedor de los cielos y de la tierra." (Génesis XIV, 18 y 19.) Sobre esta misma roca del monte Moria construyó Salomón su templo, en cuyo emplazamiento se ve hoy día la mezquita de Omar que tiene en árabe el nombre de *Cubbet-es-Sakrah*, o cúpula de la piedra, cuya piedra simbólica guarda relación con ciertas tradiciones místicas y antiguas profecías. Según los rabinos del Talmud, está marcada con el nombre inefable, siendo para ellos la piedra fundamental y el centro del mundo: *Eben Schativah*. Los mu-

sulmanes la veneran y han hecho profecías sobre ella. El historiador árabe Djel-al-ed-Din lo refiere: "Tú eres mi trono, dice el Dios del Islam a Sakrah, tú estás cerca de mí, tú eres el fundamento sobre el que he levantado los cielos y bajo el que he extendido la tierra... Sobre ti se reunirán todos los hijos de los hombres; de ti surgirán de la muerte."

Han pasado algunos siglos desde la época de los patriarcas. El monte Moria se ha convertido en una especie de ciudadela que se levanta en medio de una ciudad. En la plataforma hay un *naos* (templo) bastante parecido por su estructura general a los templos egipcios. Su tabernáculo de pórfito está cubierto por un magnífico techo de cedro con cornisa de oro. La fortaleza sagrada eleva su templo espléndido como una ofrenda al Eterno, con su cuadro de pórticos y murallas, mientras que al Oeste se extiende la imponente ciudad, coronada por la ciudadela de David. La multitud se agolpa en las calles y sigue a un cortejo real que sube hacia el templo. Los israelitas cantan salmos en las terrazas agitando palmas, saludando al rey Salomón con su séquito de oficiales y diputados de Israel. Cuando el arca aparece en el atrio, suenan las trompetas. El gran sacerdote, revestido con el *efod* violeta y carmesí y el pectoral en que relucen las doce piedras preciosas que recuerdan las doce tribus de Israel y a los doce Elohim, potencias de *Iaveh*, re-

cibe al cortejo entre las dos columnas de bronce de la entrada del tabernáculo. Los levitas depositan el arca de oro en el Santo del templo, entre el candelabro de los siete brazos y el altar de los perfumes.

Después, el gran sacerdote la transporta al Santo de los Santos —él es el único que tiene derecho a penetrar en semejante lugar que está situado tras el velo de lino tejido de jacinto y oro, y la deposita bajo las alas gigantes de dos colosales esfinges, llamadas Kerubim, las cuales han sido esculpidas en madera de olivo y enteramente recubiertas de láminas de oro.

Y el rey Salomón, después de dedicar el templo, se vuelve hacia el pueblo e invoca al Dios de Israel con una larga plegaria que termina con estas palabras : "Acoge benévolo al extranjero que aquí te evoque, para que conozcan tu nombre todos los pueblos de la tierra."

¿Qué significan este templo, este pueblo y esta arca en la historia universal?

En la capilla central del templo de Abidos, situado en el Alto Egipto, construido por Seti I, padre del gran Ramsés y consagrado a Osiris un siglo antes de Moisés, se ve una barca pintada en el estuco de la muralla. La barca lleva una alta arca, parecida a un templete, sobre la que se cierne el sol alado de la vida eterna. Lotos en botón y florecidos penden de los costados de la nave. Isis, el

Alma del mundo, la Luz inteligente e inteligible, lleva el timón; su hijo Horus, el Verbo viviente, vigila a proa. Esta barca es la de las almas, que, conducida por los dioses, flota en las celestes aguas de la Vía láctea. El arca simbolizaba para los sacerdotes egipcios y para sus iniciados la ciudad divina, Heliópolis, planeta espiritual iluminado por el sol divino al que llegan las almas glorificadas, después de un viaje cosmogónico, ciudad que, dirigida por los dioses, guarda los principios soberanos, las Ideas-Madres, las Leyes eternas que gobiernan a los mundos y a sus humanidades y, por consiguiente, a las razas, naciones y ciudades humanas. El Vidente de Patmos la llama trece siglos después: *la Jerusalén celeste*. Por esto dice Osiris en el *Libro de los muertos* (cap. I, libro IX): "Yo soy el gran Principio de la obra que reposa en el Arca santa, sobre el soporte." Y por esto también, había en el Santo de los Santos de todo templo egipcio un arca de madera de palmera que contenía los libros sagrados de Hermes, los cuales trataban de las ciencias humanas y divinas, consideradas como secretas por el vulgo. Esta arca era llevada con gran pompa alrededor del templo en las grandes ceremonias. Los sacerdotes del grado superior y los faraones sabían todo esto, y gobernaban de acuerdo con ello cuando se mostraban dignos de su iniciación, dejando que el pueblo adorase ídolos de piedra, cocodrilos sagrados y bueyes Apis.

El Arca de los principios estaba oculta en el templo, y sólo unos pocos entendían su significado. He aquí que Moisés, quien fue iniciado en los templos egipcios, tuvo la idea de congregar en el país de Goschen a un grupo de tribus hebreas, rudas y" honradas, que se distinguían por las tradiciones de nobleza e independecia de sus patriarcas, y resolvió formar con los indómitos Ibrim, a quienes los Faraones trataban como esclavos, el pueblo de Israel, es decir, el representante en la tierra toda del Dios único, de ese mismo Osiris intangible y sin forma al que adoraban los iniciados egipcios en sus templos. A ello le movieron cuarenta años de estudios, meditaciones y disciplina, así como el espectáculo de la idolatría universal y una vocación especial. Un Elohim, un rayo de Elcha le habló investido de la forma de un ángel de fuego en el matorral incendiado del Sinaí, y le impuso su terrible misión. Cuando condujo al desierto a su pueblo, mandó construir una arca portátil, protegida por una tienda móvil, llamada tabernáculo. Dos esfinges de oro, denominadas Kerubim, sentadas en su tapa, se miran frente a frente, formando el techo con sus alas abiertas. En el tabernáculo se guardan las tablas de la Ley y el *libro de los principios cosmogónicos*, es decir, los diez primeros capítulos del *Génesis* escritos en jeroglíficos, en la lengua sagrada de los templos; libro que Esdras y los doctores de la primera sinagoga tradujeron

más tarde al hebreo y en caracteres caldeos, de cuyos tres significados no se comprenden más que dos o uno (1). Esta arca portátil, colocada en el tabernáculo móvil, es la de Osiris, animada por los mismos principios, aunque el genio de Moisés la transformó y adoptó a un fin nuevo. Es el *athanor* del dios viviente, el símbolo de que éste se halla presente ante el pueblo nómada; pero el arca no sería nada si Moisés no hubiese construido en torno de él un templo viviente compuesto por inteligencias, almas y voluntades humanas.

Además, Moisés escogió, según relata la tradición hebrea, un consejo de setenta iniciados entre los que componían el consejo de los ancianos, y les confirió la tradición oral, sin la que serían incomprendibles los misterios del libro (números, XI, 16, 17 y 25). Este consejo servía de intermediario y de moderador entre los ancianos y la casta sacerdotal que oficiaba en el tabernáculo y guardaba el arca. Estos iniciados son el origen de las escuelas de profetas que duraron ocho siglos desde la época de los Jueces y de los Reyes hasta la de Cristo. Así que Moisés no instituyó una tiranía sacerdotal, sino un gobierno de tres poderes, en el que un consejo de iniciados y profetas dirige y equi-

(1) Para poder interpretar esotéricamente los diez primeros capítulos del Génesis, véase el admirable libro de Fabre d'Olivet: *La Bible hébraïque restituée*, Paris, 1821.

libra al consejo de los ancianos y a la autoridad de

los sacerdotes (2). Este es el templo viviente, el templo a cuya conquista marcha la humanidad, del que el Arca no es más que el símbolo. Con férrea voluntad forjó Moisés ese templo de carne, alma y espíritu al conducir a sus rebeldes ibrimos durante cuarenta años a través del desierto.

Nada le detiene, ni espanta: ni la anarquía que lavantan sus miles de cabezas viperinas, ni el rayo que le rodea en el tabernáculo, pues el divino fuego de un fin universal le posee y le hace invulnerable

La crítica moderna ha tildado de legendaria toda la obra y el personaje de Moisés, y ha llegado hasta a negar la existencia del fundador de Israel, porque las obras que legó al mundo han sufrido una serie de redacciones y deformaciones posteriores, como ocurre con la mayoría de las tradiciones religiosas. ¡Como si fuera posible que una idea encarnase en un pueblo sin un iniciador que la inculque! ¡Como si una nación pudiera nacer sin un genio que le dé forma o como si fuera posible redondear o ahuecar una vasija sin hacer antes alguna que moldee la arcilla! La constitución del pueblo

(2) Véase la sugestiva obra *La Mission des Juifs*, sobre la historia y la constitución de Israel, escrita por un discípulo de Fabre d'Olivet, Saint Yves D'Alveydre, en la que, si bien se pueden encontrar algunas partes discutibles, hay numerosas apreciaciones nuevas, atrevidas y profundas.

judío sin Moisés sería un milagro más asombroso e inexplicable que los rayos del Sinaí, la columna de fuego del tabernáculo y los millares de santos que se aparecían a los setenta ante la luz de Jehová.

Consecuencia de la obra de Moisés fue la construcción en Jerusalén del templo de Salomón, realizada en la cima del monte Moria, cuatro siglos después, cuya obra marca el punto culminante de la historia de Israel, y el comienzo de la decadencia de la nación y sus guías. Es una potente realización material y visible, que brillará como un glorioso faro en la imaginación de los pueblos y en el caos de los siglos anárquicos; pero la idea decae y se rebaja en ella. El tabernáculo de Moisés no ha llegado a ser más que un templo de piedra, cedro y oro. El arca siempre guardada en el Santo de los Santos, contiene únicamente el decálogo, y no está lejano el día en que sean poquísimos los que entiendan el misterioso libro, el *libro de los principios*, el Génesis. La realeza soberana que sucedió a los jueces ha falseado ya el principio del gobierno mosaico, y las escuelas de los profetas que aún lo representan, logran apenas combatir la idolatría popular, la anarquía de los Ancianos y la tiranía de los reyes. Cercano está ya el cisma que ha de separar a Judea de Israel. Véase la idea universal de Moisés y la idea mezquina y nacional triunfa sobre ella. El toro de Asiria atisba el instante oportuno

para poder pisotear a los dos Querubines del arca de oro. Y pronto Senaquerib sitiara a Jerusalén y saqueará el templo, Nabucodonosor lo destruirá hasta no quedar de él piedra sobre piedra, y, por una crueldad jamás vista en la historia, transportará a las doce tribus a las orillas del Eufrates. Aunque el alma judía parezca engrandecerse en el destierro y en éste florezcan las obras inmortales de sus poetas literarios; aunque Zorobabel logre reconstruir el templo con permiso de Ciro, la existencia nacional de Israel y su misión salvadora en la historia parece estar comprometida para siempre. Ya el pueblo de Dios ha caído bajo el dominio de los sucesores de Alejandro. Los fariseos que sueñan con el pasado, sueñan con restaurar el reino de David y Salomón, mientras que los últimos profetas anuncian al Mesías de justicia y dolor que predijera Moisés antes de morir desde lo alto del monte Nebo, frente a la tierra de Canaán, ocho siglos antes de su advenimiento.

El monte Moria ha cambiado de aspecto una vez más. Ya no es el templo de Salomón, sino el de Herodes, el cual es más vasto y suntuoso y, tan imponente, que deslumhra a todos los paganos. Está rodeado de hermosos patios que tienen cuatro pórticos de doble hilera de columnas; descansa sobre terrazas escalonadas que parecen ser una continuación de la arquitectura de la montaña y sus cuatro lados están cubiertos de mármol brillante. Sus

torrecillas y su techo de oro arden como antorchas sobre la colmena ruidosa de Jerusalén y sobre el valle de Josafat, cubierto de rumbas de reyes y profetas. No parece sino que el monte Moria fuera una colosal Arca de Moisés. Y, sin embargo, este esplendor no es más que una guarida de fanatismo y superstición, un testimonio de servidumbre. El mugido de los animales inmolados que dura todo el día, el acre olor de las carnes quemadas, el rostro rígido de los doctores de la Ley, la faz inquieta y suspicaz de los ricos fariseos, dícnos en qué se ha convertido está religión. No sólo se ha transformado Judea en provincia romana, gobernada por el miedoso y cruel Herodes que asesinó por miedo a toda su familia, como un sultán rojo de su tiempo, sirio que el pueblo ha perdido también toda la conciencia de su misión en la persona de sus autoridades religiosas. Y de esta manera el buitre del cesarismo romanó, posado en la torre Antonia, olfatea su presa y comienza a dividir en pedazos a la nación.

En el patio del templo veíase a veces aparecer a un extraño personaje que no se parecía a nadie. Venía del monte de los Olivos, atravesando la barranca del Cedrón, y ascendía por la abrupta rampa hasta la puerta Dorada, por cuya profunda poterna practicada en la muralla de Jerusalén se le veía entrar en el recinto sagrado junto al pórtico de Salomón. Iba acompañado por un cortejo poco nu-

meroso. No tenía más signo distintivo que la blanca vestidura de los esenios y la larga cabellera "sobre la que nunca había pasado el hierro", esa cabellera de los que habían sido consagrados al Señor desde la infancia y recibían el nombre de *Nazires* o Nazarenos. Embellecía su frente la meditación, tenía rostro de infinita dulzura y sus inmensos, extáticos y penetrantes ojos de vidente, llenos de luz dorada, de luz de otro mundo, ahondaban de parte a parte a los hombres. Cuando envolvían en una red de amor, era imposible apartar la vista de ellos, y cuando fulguraban de indignación no se podía sostener su mirada; mas los que habían visto verter unas lágrimas de compasión a los ojos brillantes, estaban para siempre consolados. ¡Oh, de qué manera le escuchaban sus discípulos! En su cortejo había un grupo de pobres gentes tímidas que le seguían desde lejos con actitudes humildes y apasionadas. Eran los enfermos que había curado con la imposición de sus manos o solamente tocándolos, y creían en él mas que sus discípulos y no le perdían de vista.

Tras haber predicado el Evangelio del reino de Dios en Galilea, este hombre vino a proclamar su divino mensaje a todos los hijos de Israel, a los doctores de la Ley a los escribas y a los fariseos. Enseñó sus parábolas paseando por los pórticos de este patio y escogió sus ejemplos de entre los hechos que ocurrían ante su vista. Allí fue donde

glorificó el denario de la viuda, donde perdonó a la mujer adúltera, y de donde arrojó a los mercaderes del templo. Pocos le eran fieles y tenía muchos enemigos. Los fariseos le llamaban "el galileo"; el pueblo, "El Mesías"; él se titulaba "El hijo del Hombre", y sus discípulos le daban el título de "Hijo de Dios". ¿Qué significaba este título? ¿De donde procedía la misión y el poder de Jesús de Nazareth?

A nadie se lo contó él, pues la génesis de su pensamiento yacía enterrada en sí mismo. Su enseñanza y sus actos eran la revelación que ofendaba al mundo. Para él su revelación era el siempre oculto misterio de su alma, pero este misterio brillaba en toda su vida y en su persona.

Desde la infancia vivía en este mundo y en el otro. Con frecuencia tenía sublimes visiones, y se le abrían en lo infinito caminos que los mortales desconocían. Un día de su adolescencia en que se hallaba en las azuladas montañas de Galilea rodeado de esos lirios blancos de corazón negro que florecen entre hierbas más altas que los hombres vio una estrella maravillosa que se dirigía hacia él desde el fondo de los tiempos y desde los insondables espacios, la que al acercarse y aumentar de tamaño se convirtió en inmenso sol, en cuyo centro refulgía una colosal y deslumbradora figura humana, que tenía la majestad del Rey de los reyes con la dulzura de la Mujer eterna, de tal modo que

era externamente hombre e internamente mujer. Millones de ángeles que se lanzaban al espacio, para sumergirse luego en el círculo de fuego, eran los rayos de ese sol.

Era la visión conocida por rarísimos profetas con el nombre de Adonai; la visión del Señor por medio de la cual las potencias invisibles traducen y manifiestan al vidente lo Inexpresable, la Fuerza originaria sin forma y. sin nombre, lo Eterno-Masculino unido a lo Eterno-Femenino, que es imagen del Verbo creador de todas las almas y de todos los hombres en todos los mundos y tiempos.

La visión se acercó y Jesús se vio envuelto en un huracán de luz.

El adolescente se sintió reabsorbido durante unos instantes por la mirada de Adonai y, entonces, unido a él en inefable felicidad, perdió toda su conciencia terrestre.

Y, cuando despertó, volvió a ser lo que antes era: el Hijo del Hombre en la carne y en la sangre, que moraba en la tierra perversa para salvarla. Parecióle en su encantamiento que el sol de Adonai volvía a entrar en lo Insondable como había venido, alejándose insensiblemente y sumergiéndose en él como una estrellita. Pero algo le decía que ese sol era su patria y que antes de nacer entre los hombres ya había visto esa luz.

La visión deslumbradora volvió a aparecérselo dos o tres veces, durante los diez años que per-

maneció con los esenios en Engaddi, lugar situado en el espantoso desierto de los montes de Judea, desde donde se dominaba el Mar Muerto. Y cada vez había salido de ellas empapado de fuerzas sobrehumanas. Y, ¿cómo iba a hablar a quienquiera que fuese de este misterio inefable? ¿Quién le habría comprendido? ¿Quién le habría escuchado sin tacharle de blasfemo? ¡Oh! Ese sol interior y trascendente era para él el corazón del mundo, la realidad suprema, más verdadera y real que todas estas montañas y ciudades; era su sol de Amón-Ra, su arca de oro y su templo viviente. ¿Qué podrían decirle después de esto los templos de mármol y la humareda de los incensarios? Él quería conducir a todos los hombres hacia esa felicidad por la inmensa fe y el amor inmenso que le había infundido. Soñaba convertir a todos los hombres en un templo viviente y fraternal. Por eso, cuando decía "Mi Padre que está en los cielos" y abría los ojos, los hombres levantaban la cabeza y las mujeres bajaban sus párpados palpitantes. Pero él sabía también que era preciso realizar un acto inusitado para hacer que algunos rayos de luz iluminaran al alma oprimida de Israel, gobernada por Herodes, y al alma corrupta de la tierra, dominada por la loba romana del César sangriento. Sí; sabía que debía de morir para resucitar consigo al mundo. Lo sabía ya en aquella terrible noche que pasó en el desierto de Engaddi y que fue designada por

los evangelistas con el título de *la Tentación*; en aquella noche en que se sintió convertido en Mesías. Y entonces vio que ya se acercaba la hora de la cruz...

Ahora se iba a realizar la terrible visión: había llegado la hora decisiva.

Aquel día tuvo Jesús un violento altercado con los fariseos. Su muerte estaba resuelta ya en el Sanedrín. Los emisarios encargados de espiarle habían tratado de arrancarle una blasfemia suficiente para condenarle, pero él, penetrando sus intenciones y sus más pequeños pensamientos, había roto los lazos que le tendieran y había respondido a las insidiosas argucias de los doctores de la Ley con palabras límpidas que brotaban de los arcanos inaccesibles *de* su pensamiento, lanzando sobre todo una luz inesperada. Y, después de haberles reducido al silencio, les atacó con un discurso de vehemente majestad, llamándoles "hipócritas y raza de víboras".

En ese momento resonaron bajo el pilono del templo las sagradas trompetas de los levitas que anunciaban el fin del día, hora en que el Gran Sacerdote oraba en el Santo de los Santos.

Respondieron a ellas las bocinas de los legionarios de la torre Antonia con una fanfarria parecida al grito estridente de una monstruosa ave de presa. Y el pueblo afluyó como un mar agitado, subiendo desde el atrio del templo por la gran escalinata

hacia el patio de las mujeres y hacia los pórticos del recinto. Hundíase el sol tras la negra masa de las torres de Herodes; su luz rasante iluminaba el templo de mármol blanco y hería su techo de oro que brillaba como la nieve del Líbano.

Las trompetas sonaron una vez más; iba a cerrarse el templo.

Pero los dos grupos enemigos estaban allí presentes. A un lado se hallaba Jesús rodeado por sus discípulos; al otro, los Fariseos, pálidos de cólera, con los brazos cruzados y consultándose para dar un golpe final. De súbito, uno de ellos, acercándose algunos pasos al Galileo, con odio en los labios y desafío en la mirada, señaló al soberbio edificio que brillaba con todo su esplendor, y exclamó:

—¿Y qué harás tú de este templo?

Al oír estas palabras, sintió Jesús que le subía del corazón al rostro toda la oleada de su vida, y vio concentrarse en la expresión de aquella faz humana lo que había llegado a ser el templo de Jehová: un arca de egoísmo, odio y expresión sacerdotal. También vio el templo de amor y alegría que hubiera querido edificar con ayuda de todos los hombres de buena voluntad. Vio tras de *sí* a todos los profetas de Israel y los de los otros pueblos, a los sabios, a los videntes, a los hijos de Dios, a los que habían hecho los templos y las religiones con siglos de oración, meditación y heroísmo. Todos le pedían que ofrendase su vida para libertar a la huma-

nidad ...

Entonces pareció que el esenio, el *Nazir* de Galilea, el de los largos cabellos que descendían por los hombros, resplandecía y crecía un codo. Y, hablando tranquilamente, dijo señalando al cielo:

—En tres días puedo derribarlo y volverlo a construir. ¡En verdad os digo que de él no quedará piedra sobre piedra!

Y en el grupo de los fariseos hubo una explosión de sarcasmos, denuestos y risas que se prolongaron como un gran grito de triunfo. Habían conseguido lo que querían; tenían la palabra que el Sanedrín necesitaba para condenar al profeta de Galilea.— Pero Jesús, salió andando lentamente del templo, con la cabeza inclinada llena de pensamientos, y seguido de sus asustados discípulos.

Si alguien hubiera mirado un momento después por una lumbrera practicada en el muro de Jerusalén habría visto que el largo pórtico de Salomón que caía al valle de Josafat se llenaba de sombras, perfiles y brazos amenazadores que se tendían hacia el valle de la Sombra de la Muerte. Eran algunos miembros del Sanedrín, que seguían atentamente con la mirada al grupo de discípulos que pasaban el torrente del Cedrón, a lo lejos, en el fondo del abismo... y a la blanca vestidura del profeta que se perdía bajo los negros olivos de Getsemaní.

Lo que sucedió después, escrito está en los Evangelios y en las Actas de los apóstoles; todos los niños lo saben: Jesús crucificado; los discípulos fundando la Iglesia cristiana; Pablo, su perseguidor, derribado por su caballo en el camino de Damasco, convertido por la luz y la voz del Cristo, llegó a ser el apóstol de los gentiles. Pero sigamos haciendo la historia del templo y veamos cómo confirmaron los sucesos posteriores las profecías del Galileo.

Cuarenta años después estaba dando la nación judía sus últimas convulsiones, y se rebelaba una vez más contra el yugo romano. Pero Tito sitió a la Ciudad Santa, y obligó a los últimos defensores de Jerusalén a retirarse al recinto del templo para la lucha suprema. No tardaron los arietes en machacar las puertas de Jehová. Defendiéronse los judíos con heroico coraje. En el patio eran degollados los gentiles y las mujeres. Desde la balastrada de Nicanor hasta las puertas del recinto corría la sangre por las escalinatas de mármol. Y, en fin un soldado romano lanzó un hachón encendido por las puertas abiertas del edificio sagrado, en que estaban apiñados miles de judíos y los últimos soldados. Los arborescencia de cedro se incendiaron, y todo el interior fue pasto de las llamas. Los legionarios romanos plantaron sus águilas ante el pilono de la entrada a la luz salvaje del incendio, y proclamaron emperador a Tito sobre

las ruinas del templo de Jehová. Los que se refugiaron entre sus muros fueron pasados a cuchillo antes de que las llamas los abrasaran. Millares de judíos, ocultos en los subterráneos, murieron de hambre, de lo cual se dieron cuenta los romanos cuando la fuente de Siloé, alimentada por las cisternas del monte Moria, empezó a vomitar cadáveres.

Esta no es la única confirmación de la profecía de Cristo referente al templo de Jerusalén, ni puede ser la que más nos llame la atención. La que sucedió en el siglo iv de nuestra era, durante el reinado del emperador Juliano, es, indudablemente aún más singular y curiosa. Constantino había proclamado el Cristianismo en todo el imperio. Su sucesor, Juliano, creyó que podría restablecer el paganismo. Juliano es una gran figura, a pesar de su espíritu incompleto. Menos prudente que el sabio Marco Aurelio, aunque más ardiente y heroico sentía un puro entusiasmo por la belleza del helenismo y quiso vencer o morir por sus dioses. Iniciado en la filosofía alejandrina, era muy superior intelectualmente a la mayoría de los cristianos de su tiempo y quizá presintió esa amplia síntesis del helenismo y del Cristianismo, que es el sueño de los tiempos modernos. Su error no fue otro que haber venido demasiado pronto al mundo y haber desconocido la grandeza de Cristo así como su poder de fraternización humana, esa fuerza de

amor que soliviantaba y resucitaba al mundo. Los que quieren conocer la lógica profunda de la humanidad y las potencias providenciales que la dirigen, pueden quizá ser nobles almas y grandes héroes dignos de nuestra admiración y simpatía, pero sucumben infaliblemente. Juliano no persiguió a los cristianos con hogueras y animales feroces, sino que se valió de artes sutilísimas. Por ejemplo, prohibió que los sacerdotes y doctores cristianos enseñasen las letras paganas, diciendo que no lo podían hacer sinceramente, lo cual puso a éstos fuera de tino. Su idea más original fue la de reconstruir el templo de Jerusalén y devolver a los judíos el culto nacional de Jehová a fin de que fuera falsa la profecía de Cristo. Dedicó una cantidad considerable de dinero a esta restauración y decretó el comienzo de los trabajos. Miles de judíos acudieron para asistir a ellos. Se limpió el suelo de escombros, se horadó la tierra; pero cuando quisieron poner los cimientos, brotaron explosiones de fuego de la roca y mataron a gran número de obreros. Los demás se negaron a continuar. Si los historiadores eclesiásticos hubieran sido los únicos que nos refirieran estos hechos, tendríamos derecho a decir que eran pura leyenda; pero Ammiano Marcelino, admirador apasionado e historiador de Juliano, gran partidario como él de la religión helénica, lo relata con todos sus detalles. Sozómenos escribía pocos años después: "Si

alguien encuentra increíble este relato, busque el testimonio de los testigos oculares que aún viven hoy, busque a los judíos y a los paganos, que han abandonado su obra sin terminarla, o, mejor dicho, que aún no han podido comenzarla."

Juliano no se asustó por tan poca cosa. Había declarado la guerra al Galileo. Y, como verdadero héroe, no habría retrocedido para lograr su deseo ante las fuerzas conjuradas de la tierra y del cielo. Cuando recibió esta noticia en Antioquía, iba a salir a combatir a los partos; declaró que, cuando volviera, él mismo pondría la primera piedra del templo de los judíos invocando a Júpiter o a la inefable Inteligencia y a Apolo, su Verbo solar. Pero poco después cayó herido por una flecha, y murió noblemente, conversando sobre la inmortalidad del alma con sus amigos Líbanos y Máximos, como un héroe de Plutarco o un discípulo de Platón. La frase "Tú has vencido, Galileo", últimas palabras que se le atribuyen, es una invención cristiana, que, no obstante, resume esta vida trágica y señala la victoria definitiva del Cristianismo.

No acaba aquí la historia de la roca sagrada de monte Moria a la que aún le quedan nuevas glorias y ultrajes. Apenas han pasado tres siglos. Bizancio reina en Jerusalén; un patriarca Cristian cuida del Santo Sepulcro; pero la época heroica de los apóstoles ha pasado ya. El Bajo Imperio carcomido, pierde el tiempo en luchas teológicas

retrocede ante los bárbaros por una parte y ante los Islamitas por la otra. Mahoma ha fundado en Arabia una nueva religión que no tiene nada del esoterismo de Moisés y de Cristo, aunque, no obstante, procede de ambos; religión instintiva y adecuada a las almas fuertes y rudas; religión de grandiosa sencillez, que se resume casi enteramente en estas palabras: *¡Alá Akbar!* ¡Dios es grande! Bizancio no ha sabido defender a Jerusalén. El califa Omar ocupa el monte de los Olivos con un ejército árabe, y la ciudad se rinde después de la capitulación concertada por el patriarca Sofronio que garantizaba a los cristianos la vida, sus riquezas y sus iglesias mediante el pago de un tributo. La escena que sigue a esto no es sólo de épica grandeza, sino que caracteriza de admirable manera la situación religiosa del mundo en el año 638.

El califa Omar vino atravesando el desierto de África como un beduino cualquiera, con un odre lleno de agua y un saco de cebada colgados de la silla de su camello. El califa dijo al patriarca, una vez acabada la redacción del tratado: "Condúceme al templo de David." Omar entró en Jerusalén precedido del patriarca y seguido por cuatro mil armados compañeros del Profeta. Lo primero que hizo el patriarca fue llevarlo a la iglesia de la Resurrección; después a la de Sión, y dijo: "Este es el templo de David", a lo que replicó Omar "Mientes", y saliendo de allí, se dirigió a la puerta

llamada de Bab-Mohammed. El lugar en que se encuentra hoy la mezquita se hallaba tan lleno de inmundicias que las escaleras que conducían a la calle estaban cubiertas y los escombros llegaban casi a tapar la bóveda. "Aquí sólo es posible entrar arrastrándose", dijo el patriarca. "Está bien", respondió Omar. Pasó primero el patriarca, al que siguió Omar con su gente, y llegaron al espacio en que hoy se encuentra el atrio de la mezquita. Todos pudieron ponerse allí en pie, y Omar, después de haber mirado a su alrededor y observar atentamente el lugar, exclamó: "*¡Alá Akbar!* Aquí está el templo de David que me describió el Profeta." Encontró la *Sakrah* llena de inmundicias que habían arrojado los cristianos por odio a los judíos. Entonces, extendió Omar su manto sobre la roca y se puso a barrerla. Todos los musulmanes que le acompañaban hicieron lo mismo (3).

Este episodio del califa conquistador compañero del Profeta que barre con su vestidura al santuario de Salomón profanado por los cristianos es un hecho religioso e histórico muy significativo. Omar no vino como Juliano con un sentimiento de hostilidad contra Cristo. En el Corán abundan las

(3) *Le temple de Jerusalem*, por el conde Melchor de Vogue, París, 1864. Sería conveniente añadir al estudio de este libro, tan sólidamente documentado, las páginas poéticas y sugestivas de Eugenio Melchor de Vogue sobre Haram-ech-cherif, de su hermosa obra *Voyage en Syrie et en Palestine*.

palabras que ensalzan al profeta *Aischa* (Jesús). Y Omar vino lleno de respeto, con alma de héroe y creyente a realizar un acto de tolerancia y de reparación ante el primer santuario del mundo en donde se proclamó el Dios único ante el universo. El Islam parece ser aquí árbitro entre la antigua tradición de Israel y los representantes oficiales del Cristianismo. ¿Quién no ha de ver la grandiosidad de este papel? Al rendir homenaje al Islam quiero distinguir esencialmente a los califas de la época heroica de los sultanes de Constantinopla y a la raza árabe de la turca. Fue la raza árabe la que produjo a Mahoma y sus compañeros. Si el porvenir nos reservara un movimiento religioso que permitiera que el Islam se convirtiese en religión universal, no dudamos de que surgiría de la raza árabe. Omar pertenece a la época más gloriosa del islamismo, y no podemos menos que admirar la reverencia que él sentía al arrodillarse ante la piedra sagrada. Y así podrá erigir el templo con una forma nueva que promete ser ya: *El templo de las naciones*. Omar no fue quien construyó la mezquita, sino uno de sus sucesores, el califa Abd-el-Melik-ibn-Meruán. Los musulmanes la denominaron mezquita de Omar, como es justo, pues, si bien es hermosa la obra del arquitecto, más hermosa es aún la acción del héroe.

Y ya empieza el último acto de lo que se podría llamar el drama del Templo de Jerusalén, claro es

que quiero, decir el último del pasado, pues no sabemos lo que le tiene predestinado el futuro.

Han pasado cuatro siglos. La Europa feudal y caballeresca quiere conquistar la Ciudad Santa en un arrebatado de entusiasmo. Y el joven Occidente, cubierto con todas sus armas, se lanza hacia el viejo Oriente, arrastrado por no sé qué esperanza de encontrar en él el arca de los misterios y el arcano de su propio pensamiento. ¡Una sola cosa ve allí: ¡el Santo Sepulcro! Y Jerusalén fue reconquistada. Los caballeros cristianos ocupan la mezquita El-Aksa, situada en el rincón Sudoeste del Horom, enfrente precisamente de la mezquita de Omar. Sus caballos piafan y relinchan en las cuadras de Salomón, que son unos amplios subterráneos, situados bajo el recinto sagrado y llenos de arcadas gigantescas que se pierden de vista. Y aquellos celtas y francos, poco versados en arqueología, miraron con admiración la mezquita de Omar, y se sintieron fascinados por su forma majestuosa y esbelta y por su extraño interior, persuadiéndose de que tenían ante sí el templo de Salomón, pensamiento que produjo una fermentación nueva en su imaginación ardiente. ¡Ellos sabrán conquistar el mundo en nombre de Cristo, a la luz de los rayos multicolores que descienden de la cúpula! Viejos y sapientísimos rabinos de Jerusalén les han confiado en secreto ciertas ideas que dicen que proceden de la tradición oral

de Moisés. Les hablan de Adam-Kadmón, el hombre original celeste y completo, anterior a la tierra, quien más tarde se dividió en la multiplicidad de los seres (interpretación esotérica de Adán) y del Cristo universal, que comprende a Jesús de Nazareth, si bien lo supera grandemente, puesto que también abarca a los profetas e inspirados de todos los tiempos (interpretación esotérica de la redención por Cristo). Los caballeros cristianos se asimilaron la parte combativa y generosa de estas profundas ideas. Resolvieron fundar una orden de monjes guerreros y laicos, para defender lealmente en Europa y Oriente la religión de Cristo y, también, para ser los prudentes propagandistas de esta religión universal. En cierto sentido se parecerá a los profetas, quienes servían de arbitros entre los reyes y los sacerdotes, y de contrapeso entre ambos poderes, pues ellos también servirán de contrapeso entre los reyes de Occidente y el papado. Y en memoria del templo de Jerusalén, en donde se les ocurrió la idea, se llamaron Templarios. Y, levantando en alto las espadas cuyas puntas se miran bajo la apagada luz del santuario, en donde las grandes ojivas brillaban sobre la antigua roca de Cubet-es-Sakrah, hicieron su juramento. Así, se fundó la Orden del Templo que, heroica y pura en un principio, acaba por debilitarse al cabo de algunas generaciones. Y, a semejanza de los reyes y de la clerecía, a quienes

quieren guiar, gústanle excesivamente los bienes terrenos. Mas los grandes Maestros de la Orden conservan la tradición y tratan de enderezar y llevar por buen camino a los fieles. Las ideas que poseen les dan una fuerza secreta y se esparcen insensiblemente. Trescientos años después la Orden del Temple es la más rica de Europa y tanto más temible cuanto que se compone de monjes armados. Tiene su culto, doctrina y reglas independientes de la Iglesia, constituyendo un Estado dentro del Estado. Entonces se alian un rey de Francia y un papa para destruirla en masa; aquel ansiando sus riquezas; éste, celoso de su poder rival del suyo. El Gran Maestre de la Orden de los Templarios, Santiago Molay, hombre íntegro y venerable, es apresado, encarcelado, sometido a interrogatorios, juzgado de un modo irrisorio y quemado con su gran consejo. Los Templarios son perseguidos en toda Europa y asesinados sin piedad, y sus santuarios son arrasados y destruidos sin dejar rastro de sus documentos, estatuas y tradiciones.

Santiago Molay dijo en la hoguera: "Pongo a Dios de juez", y emplazó al rey de Francia y al papa a que comparecieran ante el tribunal de Dios el primero, a los tres meses, y, el segundo al año, Tres meses después murió el rey; un año más tarde expiró el papa. Pero aún no acaba aquí todo. La destrucción de la Orden del Temple fue

el primer crimen social anterior al San Bartolomé que hizo vacilar los cimientos de la realeza y del papado romano. Algunas ideas de los Templarios, recogidas por los Rosa-Cruces y por las Órdenes masónicas, contribuyeron a fomentar la revolución francesa. Hay una última coincidencia notable: en 1793, Luis XVI y su familia, fueron encerrados antes de subir al cadalso en la prisión del Temple, precisamente en el mismo lugar en que Santiago Molay y los últimos Templarios habían gritado y protestado al ser torturados por medio de caballetes, cuerdas y hierros candentes.

Los historiadores escépticos de nuestros días dirán que semejante coincidencia es una ironía de los hechos, una diversión sangrienta del azar, y los más sutiles y artistas añadirán sonriendo: "¡Oh, divina comedia!" En cuanto a nosotros, diremos que reconocemos en esto a la Némesis de las leyes eternas; y que los lejanos relámpagos del templo de Jerusalén se parecen a los rayos luminosos de los soles apagados que cruzan los espacios miles de años después de muertos los astros. Surgen de lo insondado para ir a lo Insondable; pero son relámpagos en la noche. *¡Sunt verba coeli!*

La cadena de los siglos lo enlaza todo. Sentado bajo los viejos cipreses en el banco de mármol de la mezquita El-Aksa, húndese nuestra mirada soñadora en mayores profundidades que en cualquier otro lugar.

Sin embargo, el imán impasible nos esperaba siempre. Por fin, entramos en la mezquita de Omar, deslumbrados aún por el fulgor del sol que da en las blancas losas del Haram, y durante los primeros momentos nos sentimos rodeados de tinieblas. Poco a poco vamos viendo dibujarse amplias arcadas, y un esplendor de hadas se filtra en la oscuridad del santuario. Dos filas concéntricas de columnas sostienen el edificio. La primera es octogonal, como la misma mezquita, y sostiene la nave; la segunda, es circular, y soporta la magnífica bóveda. Las columnas de dorados capiteles, de mármol violeta vetado de blanco, de pórvido verde oscuro, restos de templos judíos, paganos y bizantinos que aquí existieron, son las más bellas del mundo; pero lo que distingue a este santuario de los demás esta roca en bruto que emerge del suelo en el centro, formando una ancha superficie desigual, que los musulmanes han cubierto de seda. Esta punta del espinazo terrestre es la antigua roca sagrada de los patriarcas; aquella en donde David vio un ángel de pie, armado con una espada; en donde quiso Salomón construir un templo según las sabias reglas del esoterismo egipcio, fortalecido por el esoterismo mosaico: es la *Eben Schativa*, la piedra fundamental de los rabinos de la Cábala. Este es el único altar sin culto, sacerdotes ni inscripciones, *Cubbet-es-Sakrah*, la cúpula de la piedra. Un altar que vela y espera. Sobre la rojiza

roca se esparce una luz maravillosa y brillante que cruza la penumbra y procede de las altas ojivas de la bóveda, las cuales son obras maestras de vidriería oriental, llenas de chispas de rubíes, topacios y esmeraldas que forman, al superponerse, rosas de mayor tamaño cada vez.

Pero volvamos a las naves laterales para admirar los mosaicos, las flores con matices dorados, las colas de pavo real salpicadas de luz, cuyas extrañas floraciones cubren los muros, por donde corren anchos arabescos que parecen jeroglíficos trazados con espadas de arcángel en la efímera florescencia de los ensueños humanos. El Imán me llama la atención sobre la inscripción que cubre el friso azul de los muros. Está trazada con esa valiente escritura cúfica impregnada aún del heroísmo árabe, y reproduce el famoso versículo del Corán que el califa mandó inscribir aquí, como símbolo de la victoria del Islam sobre el Cristianismo. Su singular gravedad llama la atención, pues se relaciona con el arcano de la Iglesia cristiana en el más elevado problema de su dogmática. Veamos primero el homenaje de Mahoma a Jesús. No hay más remedio que confesar que no se puede encontrar nada tan conmovedor y profundo. Escuchad: "Oh vosotros, los que habéis recibido las Escrituras, no salgáis de la fe, no digáis de Dios más que la Verdad; Jesús es el hijo de María, el enviado de Dios y su Verbo; Dios le hizo descen-

der a María; Jesús es el aliento de Dios." Esto lo podrían firmar los Padres de la Iglesia y los concilios. Pero también tenemos aquí la negación de la divinidad del Cristo y de la Trinidad, en el sentido de la Iglesia ortodoxa y latina: "Creed en Dios y en sus enviados; pero no digáis que en Dios existe una Trinidad; esa creencia es preferible. Él es uno. ¡Gloria a él! ¿Cómo iba él a tener un hijo? Todo lo que está en la tierra y en el cielo es suyo; Él se basta a sí mismo." *Corán, IV, 169.*

Tres cosas veo en este notable párrafo: veo la grandeza del Islam y su límite; pero también veo los límites de la teología cristiana y su insuficiencia radical para responder a la necesidad de universalidad de] espíritu humano.

El Islam es grande por la profundidad y el fervor de su fe en Dios, fe intransigente, absoluta e inquebrantable. El límite de Mahoma aparece en que su espíritu simplista de árabe no concibe relación alguna entre lo divino y lo humano, ni filiación entre Dios y el hombre. En una palabra, le faltan los principios de *la Encarnación* y de *la Evolución*. Además, estos dos principios contienen todo el misterio de la Caída y de la Redención en su sentido más esotérico y universal.

El límite de la teología cristiana se fijó en el concilio de Nicea al definir la divinidad de Jesucristo. Esta definición, no sólo hace de él *una emanación directa de Dios* (lo cual en cierto sentido

pueden admitirlo quienes creen en la preexistencia de las almas y en el mundo invisible); sino también *el poder cosmogónico esencial y la segunda persona de la Trinidad*; en una palabra, *la identificación de Jesús de Nazareth con ,el Logos* (lo que además de ser contrario a las leyes universales es un completo absurdo). Y la Iglesia ha hecho de este dogma su piedra angular. Se puede sostener que esta identificación haya sido necesaria en un momento dado para triunfar de la decadencia pagana y para conmovier el espíritu de los bárbaros. Pero los iniciados de todas las épocas han sabido que este dogma profundamente agnóstico (es decir, que cierra los misterios y falsea la verdad), no es sino una maquinación de sacerdotes, un instrumento de política clerical. Nunca pudieron aceptarlo los espíritus verdaderamente filosóficos, y, desde hace tres siglos, está en contradicción con la razón creciente y dirigente de la humanidad. Pero la Iglesia se aferra a él como a la cosa más amada, porque *en esta confusión se basa el poder Sacerdotal que es arbitrario y no se somete a la crítica científica*, gobierno tiránico y absoluto de las almas que ha llegado a ser la base de su constitución y de su espíritu. Y, no obstante, es necesario desgarrar ese velo por completo. Sí; es preciso derribar ese dogma para que se yerga el Cristo con su fuerza libertadora y con su esplendor verdaderamente divino sobre los sacerdotes que lo

ocultan.

Dos inconvenientes tiene el confundir a Jesús con el Cristo: 1º) Hacer inaccesible las enseñanzas más elevadas del Maestro; y 2º) velar y falsear el significado profundo, eterno y orgánico del Logos en sí y del Verbo divino. Los exégetas, historiadores y filósofos modernos se equivocan cuando creen que el Logos fue creación alejandrina. ¡Como si no hubiese ya existido desde hace miles de años con el nombre de Vishnú en la India, de Horus en Egipto, y Mithra en Persia! También por aquel entonces los pontífices hablaban de la Trinidad y del Verbo divino manifestado en el reino humano; pero su trinidad era una trinidad: cosmogónica, una síntesis de fuerzas y de principios, que abarca a todo el universo, desde el arcángel hasta el infusorio, y que asciende desde la piedra hasta el hombre; pero no una trinidad personal, histórica, encerrada y concretada en un hombre, en un templo, en una nación, en un planeta o en una época determinada. ¡Cuán cierto es que esa confusión que oculta las verdades supremas a la inteligencia ha sido y es todavía el instrumento más útil de que se ha valido la Iglesia! La incredulidad agnóstica no sirve más que para proveerla de reclutas ciegos y sumisos *a priori* por estar desengañados. Y me atrevo a decir que la humanidad no se libertará enteramente hasta el día

en que sus guías intelectuales y espirituales hayan aclarado este punto.

El Logos o el Verbo universal, bien comprendido, será la reconciliación de la Ciencia y de la Religión; la revelación que comprenderá a la historia toda; la reconstitución de la verdadera autoridad; la federación de los pueblos, preparada por la de sus poderes científicos y religiosos, y la organización jerárquica solidaria y fraternal de todos los hombres. Y será también la congregación de los profetas de todas las naciones en torno de Jesús y la gloriosa resurrección del mayor hijo de Dios entre sus hermanos. En una palabra, será el advenimiento del Cristo social. Y seguirá habiendo pontífices, seres elegidos de los pueblos que asciendan por el camino de salvación, levanten a los débiles y repriman a los perversos. Pero de ninguno de ellos se dirá: *"Aperit et nemo claudit, claudit et nemo aperit"*, "él abre y nadie cerrará; él cierra y nadie podrá abrir". Y entonces, perderán su poder las llaves de San Pedro, para que reine el águila de San Juan.

Pero esto no lo realizará la ciencia materialista ni la filosofía agnóstica, de cuyas fuerzas se mofa la Iglesia, considerándolas como sus mejores colaboradoras, pues inspiran tal hastío y tedio que muchas almas se sienten atraídas al precipicio de la ortodoxia ritualista o se alistan en la política de la Iglesia. Los hombres que se llaman orgullosa-

mente librepensadores y los teólogos puramente críticos de la escuela protestante, que separan a la ciencia de la moral y querrían confinar el espíritu humano en dos compartimientos cerrados, no se dan cuenta de la fuerza que tiene la Iglesia actual con su filosofía, de la que ellos han borrado los conceptos vitales del Alma y de Dios. El agnosticismo ateo es el sostén inconsciente del supersticioso. El primero cree que liberta a las almas mutilándolas; el segundo, las ciega para oprimirlas. Los espíritus superiores deberían reconstruir con amplitud trascendente los vitales conceptos de Dios y del Alma que son las claves de la síntesis científica y de la religión universal. Y con estas fuerzas se abriría mucha más brecha en las murallas de la osificada y obtusa Iglesia católica, que con las catapultas sin cabeza del diletantismo y del escepticismo. Y no esperéis triunfar de la Iglesia con el gesto altivo de un ateísmo estéril. El único Dios verdadero es un Dios viviente, que habla palabras vivientes. La fuerza que derriba templos y los levanta está entronizada en el centro del alma humana y de toda religión verdadera.

Estos fueron los pensamientos que, a pesar mío, se me ocurrieron en la penumbra de la hermosa mezquita silenciosa, donde grandes arabescos surcan las paredes como febriles escrituras de profetas, bajo el iris de los vitrales y los mosaicos. Cuando salí con mi jenízaro del Haram-ech-cherif,

por la puerta situada junto al antiguo Serrallo volví a oír la maldición del niño mograbín que jugaba con los soldados turcos. "¡Oh *Sancta simplicitas!*", exclamé yo para mí. ¡Pobre niño! ¿Por qué te he de guardar rencor si no te han enseñado más que eso? Puesto que todavía sabes odiar, debes también saber amar. Quizá valgas tú más que los escépticos invertebrados, que esas almas neutras y sin sexo que son nuestros eunucos de Occidente. Tú tienes una fe, por lo menos. Y después, volvió a mi memoria la soberbia figura del califa Omar, héroe beduino que barría los escombros del santuario.

V

HACIA EL JORDÁN. — PRIMAVERA EN EL DESIERTO

Vamos a visitar el valle del Jordán que es la cuna de los profetas. Siento la nostalgia de su voz des pues de haber sentido la añoranza de los sacerdote y de la historia.

Es muy temprano. Un hermoso cielo claro, cubierto de copos blancos, cielo de marzo, extiende su pabellón pintado con los suaves colores de 1 primavera. Ante la puerta del convento se forma nuestra caravana, que se compone del intérprete Morkos, del hermano Lucas, de un beduino armado y de mí. El hermano Lucas es el francisca no del convento que me sirvió de guía en Jerusalén. Es un belga de unos treinta años de edad, vigoroso y rubio, con cabeza de apóstol, ojos azules, bondadosos y sonrisa acogedora. Desde su infancia no tuvo más que un sueño: vivir en Jerusalén. Su sueño se ha realizado; así que esta alma blanca e inmaculada, ha encontrado su paraíso en Tierra Santa y es completamente feliz. El beduino armado es la escolta obligada en todos los viajes

al Jordán, la cual concede el gobierno turco a los extranjeros por un precio módico, y su protección es útil en estos parajes en que no impera más que nominalmente la jurisdicción de la Puerta. Los *sheiks* respetan al extranjero que viaja custodiado por uno de ellos. Nuestro beduino que es un hijo enjuto del desierto, de rostro bronceado y ojos de gavián, va vestido con un pantalón amplio y una camisa azul ceñida por la cintura con un cinturón de cuero. Es poco sociable, y no se mezcla con nuestro grupo nunca, pues va siempre delante entreteniéndose en hacer caracolear a su negro y nervioso caballito.

Y yo platico agradablemente con el hermano Lucas, quien está muy versado en la Biblia y en la topografía de Jerusalén. Desde que le ví sentí por él una simpatía espontánea, y lo mismo le sucedió a él. No hablamos nunca de nuestra simpatía, sino que charlamos sobre mil cosas diferentes como viejos amigos de los países de la bruma y del ensueño que se vuelve a encontrar en las severas montañas de la Tierra Santa. No sólo comulgamos en la flora de Palestina y los episodios del Antiguo y Nuevo Testamento, sino también en algo más íntimo que nuestros pensamientos y creencias, a lo que podríamos llamar nuestras aspiraciones secretas. Su fe es franca e ingenua; su alma ama, presente y espera: esto vale más que nada en el mundo.

Montados en buenos caballos árabes y, precedidos por el beduino, salimos por la puerta de Jaffa y dimos la vuelta a las murallas de la ciudad. Yo admiré la soberbia puerta de Damasco por la que Jerusalén presenta su faz sarracena al Norte; después, dando la vuelta, contemplé el ángulo de la enorme muralla, situada encima del barranco de Getsemaní, por donde asoma hacia Levante el rostro Judío de Jerusalén. Pasamos junto al antiguo cementerio musulmán, adosado pintorescamente al pie de la enorme muralla, en lo más escarpado de la colina, con sus cipos, estelas y quioscos blancos. No parece sino que sus muertos quieran obstruir hasta el día del Juicio final la puerta Dorada, hace muchos siglos tapiada, por la que Jesús subía frecuentemente al templo cuando venía de Betania o del monte de los Olivos. Y atravesamos apresuradamente el lúgubre valle de Josafat, cuyo suelo está cubierto hasta perderse de vista de innumerables tumbas judías de piedra gris.

Nuestros caballos llegan al galope a una alta planicie desde la cual pueden contemplarse las montañas circundantes, dejando a nuestras espaldas la Ciudad Santa. A nuestros pies se extiende un montón de cimas peladas y de tortuosos valles; más lejos se divisa la línea horizontal de Moab; y, entre las dos se presiente el valle amplio y profundo del Jordán, que todavía no se ve. Estamos en un erial pedregoso, cubierto de romero, donde brillan las

perlas de rocío. Nuestros caballos, sienten los aromas del desierto, los aspiran alargando el cuello y relinchan. Non sentimos invadidos repentinamente por una sensación desconocida en Europa, y respiramos a plenos pulmones la libertad salvaje e ilimitada del beduino a caballo, sin morada, que posee el mundo con una mirada.

Bajamos a paso corto hacia Betania, ciudad situada en la vertiente meridional de los montes de Judea. El pueblo de Marta y María, asilo preferido de Jesús está formado hoy por unas treinta casas ruinosas. En algunas de ellas viven labradores árabes. Los almendros en flor elevan sus frondas rosadas entre las ruinas. Jesús debió contemplar por la ventana abierta esta línea horizontal de los montes de Boab, línea impecable que cierra el horizonte, mientras María le escuchaba sentada a sus plantas con la mirada fija en la suya y el alma abismada en sus palabras.

Ahora bajamos hacia la fuente de los apóstoles por barrancas de sílex y seguimos nuestro camino por el fondo de un valle interminable. Pero de pronto, nos vemos en una elevada y frondosa meseta de la montaña y nos encontramos con tres *sheiks* que parecen personajes importantes. Llevan una larga vestidura de color escarlata atada por la cintura y un sable curvo. De su espalda pende una abayá negra o rayada de gris y blanco de amplios pliegues. Cubren sus cabezas el clásico toca-

do del desierto, tan cómodo como pintoresco, la *kuffiah* blanca, sujeta por una gruesa cuerda de piel de camello. Van a Jerusalén para hacer compras o para tratar de algunos asuntos con el *walí*. Crúzase con nosotros silenciosos y arrogantes en sus caballos de pura sangre y patas finas, cuyos músculos ágiles tiemblan a la luz del sol debajo de la piel reluciente.

Y, en seguida, nos cruzamos con una triste muchedumbre de desharrapados peatones, que contrasta rudamente con los monarcas beduinos. Marchan en filas por pequeños grupos; son unos cincuenta entre hombres y mujeres. Son peregrinos rusos. ¿De dónde vienen? ¿De las estepas de Ucrania, de los confines del Asia o del Báltico? No lo sé, pero parece que estos pobres *mujiks* vestidos de negro han caminado durante muchos meses. Los navieros rusos establecen todos los años servicios especiales para llevarlos por el Mar Negro hasta Jaffa, desde donde parten para atravesar a pie la Palestina entera, albergándose gratuitamente en los conventos griegos. Sus rostros, en que la profunda melancolía eslava ha dejado huella, son pálidos, con rasgos rústicos y delicados. Hay mujeres que cojean apoyándose en sus toscos y agujereados paraguas, y hombres canosos que llevan en el pecho medallas militares de las guerras del Cáucaso y de los Balcanes. Para ellos la Tierra Santa es un paraíso terrestre, una prenda de la

vida celeste, un rayo de luz en su existencia trabajosa, agregada al terruño natal. Han querido ver la Tierra Santa antes de morir, y han venido desde el corazón de sus bosques y la inmensidad de sus estepas nevadas deseosos de contemplar las criptas doradas de Belén y los iconos del Santo Sepulcro. Y, encorvados, andan y andan maquinal y apresuradamente con un paso cansino y febril, con los ojos inmóviles. Han pasado entre nuestros caballos sin mirar a la derecha ni a la izquierda, sin advertirnos. Andan y andan siempre sumergidos en su sueño. Ya nos han pasado y se escurren por un barranco. Y así caminan por toda Palestina hasta llegar a Nazareth y al Carmelo. Muchos morirán en el camino; otros se hundirán en la llanura del Esdrelón convertida en ciénaga en la estación de las lluvias; pero, ¿qué importa si han caminado en pos de su sueño?

Después de echar una siesta en el *Kan* o mercado público de El-Akmar, volvimos a montar a caballo marchando algún tiempo por las alturas en que aún se mantienen en pie los restos de un torreón feudal que construyeron los cruzados. En el fondo de un abismo se descubre una cúpula que parece el blanco turbante de un convento griego. El paisaje, formado por simas, circos rocosos y montañas desplomadas es dantesco. El camino descende describiendo curvas por las últimas es-
tribaciones de los montes de Judea entre pelados

picachos llenos de sinuosidades, cuyas negras hendiduras están cubiertas de musgo. Las rocas del Uadi-el-Kert forman colgantes estalactitas, semejantes a las de las mezquitas árabes, y el valle del Jordán ábrese al fin ampliamente, inmenso, ondulante, con sus ciénagas, sus campos pedregosos, sus oasis de breñales, y su río que se divisa a lo lejos al pie de la sierra de Moab, tras una cinta Verde. A una legua de distancia se ve un grupo de casas blancas, el hospicio ruso de color rosado, y un campamento de beduinos, hecho con tierra gris, cocida al sol. Es la actual Jericó.

Al pie de la montaña, brota un chorro de agua cristalina que cae sobre un pilón de calcárea gris. Dos beduinos armados con largos fusiles hacen allí guardia. Es la fuente de Elíseo, la cual han olfateado nuestros caballos desde lejos con inquietud. Estamos sobre un terreno volcánico a cuatrocientos metros bajo el nivel del mar. Un calor abrumador, casi tropical, ha sucedido al fresco de las cimas judías. Al abandonar la tibia fuente de Elíseo, nos internamos en un mar de vegetación salvaje por un sendero que serpentea formando amplios meandros y que nos conduce a Jericó.

Y, de súbito, entramos como por arte de magia en un paraíso bíblico, en un jardín silvestre donde se aspiran la pureza y el júbilo edénico.

Flores salvajes esmaltan los amplios campos, formando espesos manojos fragantes. Blancas mar-

garitas y plañideras corolas amarillas y rosadas de cuatro pétalos alternan con las grandes anémonas rojas y los cálices de oro; flora maravillosa, opulenta y perfumada que se prolonga por campos infinitos, bordea el camino, orla el torrente de Elíseo y extiende sus tapices de oro, púrpura y nieve hasta por debajo de los punzantes zarzales y de los sicómoros. No se ve agua alguna; pero se sienten a veces sus susurros subterráneos. Es que la vida palpita bajo el suelo. A veces se escapan bandadas de alondras cantarínas al paso de nuestros caballos y salen volando de entre las gavillas de flores como chispas amarillentas que se elevaran para caer lanzando pequeños chillidos en el mar de verdes florecidos, como si no pudieran desprenderse del amoroso seno de la tierra, más suave, bella y perfumada que el cielo. En el aire vaga una fragancia de miel, y enjambres de abejas se elevan zumbando de todos los cálices para volver a descender de nuevo. De las hierbas y de las flores, de las aves y las abejas brota una melodía delicada y maravillosa, un himno de amor que parece murmurar: "¡Oh, primavera del desierto!... ¡Oh, Edén... Edén! ¡Oh, alegría primera y sin mezcla! ¡Oh, paz y voluptuosidad de la inocencia!". Hemos descendido en la mejor época al valle del Jordán, pues las primaveras de Jericó son muy cortas. Morkos me dice que esta precoz flora de marzo sólo dura una o dos semanas. Dentro de

quince días todas las flores se habrán marchitado; la grama habrá muerto abrasada por la hoguera del sol, y la pradera encantada de Jericó no será más que un pardo desierto cubierto de zarzales y espinos. Daos prisa para florecer, ¡oh, rojas anémonas; oh, pasionarias; oh, margaritas de oro parecidas al sol del divino Amor! ¡Amad y empo llad, antes de cantar, ardientes alondras! ¡Pronto os llamará el azul ilimitado; pero los nidos son más dulces que el azul!

Atravesamos una vez más el claro arroyuelo que se desliza por el cauce lleno, procedente de la fuente de Elíseo, y nos encontramos en seguida en Jericó. Por todas partes se ven naranjales cargados de frutos, bananos con sus colgantes y apretados racimos bajo las palmas ondulantes, higueras y esbeltas palmeras. La exuberante vegetación nos muestra la fecundidad de esta tierra cuando se la cultiva, y nos recuerda la pasada riqueza del país de Canaán, hoy día tan desolado. En *los libros de los Jueces y de los Reyes* se habla a menudo de un anciano de Israel "sentado bajo su viña", bajo la parra. Es preciso venir a Jerusalén para ver que se trata de verdaderos árboles. Vense aquí cepas de viña, gruesas como fuertes plátanos, que extienden horizontalmente sus ramas desnudas, rugosas e impacientes por retoñar pámpanos al aflujo de la savia que se desborda en lágrimas de sus sarmientos cortados.

He bajado a la confortable hospedería de los extranjeros que se levanta como torre blanca de palomares verdes sobre los macizos del oasis libre. Morkos y el beduino se han retirado a las habitaciones de los guías. Al padre Lucas y a mí nos han servido una comida frugal, sobre manteles blancos e inmaculados, en una sala pequeña del piso bajo, que no tiene otros adornos que unos cardos plateados del desierto, mármoles de Engaddi y un ramo de rojas anémonas. Mientras parte el pan, el hermano Lucas me habla, con gracia y humildad encantadoras, de Elias y de Elíseo, como si se tratara de amigos a quienes no hubiera visto desde ayer. La comida sosegada en la frescura de la tarde, después de una jornada cálida y una larga marcha a caballo, me parece llena de dulzura evangélica.

VI

NOCHE EN JERICÓ. — LA VOZ DE LOS PROFETAS

Anochece. Yo sueño acodado en el balcón de la galería correspondiente a la habitación más elevada del hotel. Aquí se está como en una atalaya, y desde este mirador se domina la llanura jordánica que se extiende entre Moab y Judá, desde el mar Muerto a los montes de Samaría.

Hace algunas horas contemplaba la maravilla de la primavera del desierto, el encanto edénico de las flores y de los pájaros bajo el sol de Canaán. Ahora empieza otra obra de magia. La luna llena asciende como una hostia de oro por el terciopelo violeta del cielo. La tierra cálida, bañada en tibia claridad, cúbrese de vapor rosado y transparente hasta los arenales del Jordán. Las gargantas de Judá ennegrecen, pero la lejana sierra de Moab se ilumina y la inmensidad salvaje que entre ambas se extiende, parece animarse con una vida nueva acariciada por los rayos lunares. Y, he aquí que un caramillo eleva su voz agreste en el campamento de los beduinos, cuyas negras tiendas han desaparecido ocultándose en la vestidura de la no-

che; otro le responde a lo lejos y comienza el dúo. Se persiguen las notas como cabritillos. Luego, el temblor de un tamboril beduino une a la música su ritmo salvaje. Y el trino continuo evoca toda la vida pastoril que Dios sabe lo antigua que es, pero su alegría rústica es siempre inmutable y joven.

Yo siento en esta melodía y ante este cuadro grandioso hablar al alma de Palestina y elevarse la voz de los profetas en su cuna. Frente a mí, por encima de las estribaciones de Moab, se yergue el monte Nebo, desde el que saludó Moisés a la tierra prometida. En esos barrancos lejanos están ocultas las cavernas en que se escondían Elias y su discípulo Eliseo. Los profetas han habitado estas montañas ocho siglos para que no muriese la obra de Moisés y pudiera nacer un Mesías.

¿Qué fueron, pues, los profetas hebreos y qué cosa es el profetismo de Israel? No deja de ser importante la pregunta. De cada solución distinta que a este problema se dé, surgirá otro concepto del hombre y de la humanidad y de sus destinos terrestre y divino. Mi pensamiento es preciso sobre este punto desde hace mucho tiempo. Pero ante la majestad de este paisaje y la austera elocuencia de estos lugares, se plantea más grave e imperiosamente la pregunta y se obtiene una respuesta interna, más profunda y decisiva.

Por rara que haya sido la facultad profética no ha sido único patrimonio del pueblo judío. Se encuentra en diversas épocas y en todos los países; en los ascetas de la India védica, en el Egipto de Hermes, igual que entre los griegos. La Pitonisa de Delfos no era la única que tenía la virtud especial de predecir el porvenir, sino que también había en el templo de Apolo una clase de sacerdotes llamados también profetas. La Voluspa del Eda, las Druidesas celtas fueron videntes de clase inferior. Los escaldas escandinavos y los bardos bretones de los tiempos heroicos fueron profetas a su modo. Por lo tanto, la facultad profética o el don de predecir el porvenir, íntimamente unido a la videncia de las cosas ocultas es, a pesar de su intermitencia, un fenómeno universal como la lengua y la poesía. Pero es un fenómeno casi siempre oscuro y mezclado con elementos heterogéneos, fenómeno cuyas manifestaciones varían infinitamente. Israel es el único país donde el profetismo es la institución que domina con energía, grandeza y constancia sin iguales. Y esto se debe a que el profetismo no aspira en Israel a un fin individual o nacional, sino a un fin universal que concierne providencialmente a toda la humanidad, cosa que no ignoraron el primero y el último de los profetas, Moisés y Cristo, el Mago dominador del rayo y el hijo de Dios. Y, si así no fuera, ¿cómo habría encontrado aquél fuerzas para formar

una nación y éste para morir por enseñar el camino de salvación a todos los hombres? Aunque lo olviden a menudo los profetas intermediarios que se convierten en políticos judíos y en rígidos fanáticos, la visión suprema de la Jerusalén celeste se presenta con frecuencia y la idea capital del Dios de todas las naciones les vuelve a embargar. Como dice Spinoza, a pesar de todo, los profetas han visto a su pueblo *sub specie aeterni* "bajo la sombra del Eterno".

Sobre el profetismo hay dos teorías oficiales: la de la Iglesia y la de los que se llaman librepensadores y son dueños de la Universidad y, por lo tanto, del Estado moderno. Según la Iglesia, la inspiración de los profetas es infalible y absoluta; una palabra pronunciada o escrita por dictado de Dios único y personal. Según los librepensadores, no existe misterio alguno en el alma ni en el más allá de la naturaleza. El profetismo no es para ellos otra cosa que un fenómeno de la conciencia moral. Las voces, las visiones, las predicciones, los milagros aparentes son otras tantas ilusiones, alucinaciones, figuras poéticas o procedimientos de charlatanes. En cuanto a los respetables protestantes, que se creen más religiosos que los otros con esta teoría, son unos buenos ateos o unos creyentes vergonzosos.

Las dos teorías son igualmente mezquinas, parciales, exclusivas e insuficientes para explicar los

hechos sorprendentes del profetismo y el papel que representa en la historia.

Existe otra teoría que abarca en una síntesis luminosa todos los fenómenos de videncia profética desde la más humilde a la más sublime, desde la más confusa a la más clara: es la teoría esotérica que se funda en la tradición oculta y la experiencia comparada de los grandes místicos de todas las épocas.

Según esta antigua sabiduría, existe el mundo divino, que es el origen y el fin del hombre, mundo que sólo puede manifestarse a la humanidad terrestre, o sea, al hombre de carne y hueso por intermediarios o traducciones más o menos adecuadas. Es cierto que el Eterno habla al hombre por la conciencia moral que es su sostén, prueba y contraprueba: pero también le habla de otro modo. Hay verdades superiores y realidades trascendentes que el hombre divino no puede transmitir al hombre más que valiéndose de interpretaciones más o menos potentes y de visiones más o menos perfectas, adaptadas a los pueblos, a los individuos y a las circunstancias. Del mismo modo, el arte humano sólo puede traducir el arte divino en símbolos, pues de mundo a mundo todo se relaciona y parece. Seres excepcionales y sin par gigantes como Moisés, Elias y Cristo han podido lanzar una mirada directa a lo divino. Estas águilas del espíritu han podido contemplar de frente al Sol,

mas no han podido decir lo que habían visto; únicamente por sus actos lo han demostrado, lo cual tiene más valor (1). Así, pues, los misterios proféticos tienen una diversidad infinita, pero también hay en ellos una gradación y una jerarquía como en los seres de la Naturaleza, en las almas, en los

(1) Sería muy interesante y fecundo aplicar al fenómeno del profetismo las palabras que dijeron respecto al éxtasis Platón y Plotino, autores que fueron los mayores idealistas de la antigüedad. Platón dice que el éxtasis es una *locura divina*, la cual vale más que el mediocre sentido común, y añade que el éxtasis consiste en intuir en la luz pura las visiones íntegras, sencillas, inmóviles y beatíficas que se conservan en el alma como recuerdos de un estado anterior en que ésta vivía separada del cuerpo. Según Platón, la locura divina tiene cuatro formas: la inspiración profética, los misterios, la poesía y el amor. El hombre, como ser racional, no participa de la locura divina más que cuando el sueño le priva del uso de la razón o cuando pierde el dominio de sí mismo, debido a una enfermedad o a una inspiración cualquiera (*Fedro*).

Y en otro pasaje dice Plotino, tratando de explicar el fenómeno más elevado del éxtasis, que: "Si vuestra alma no llega a gozar de la visión de Dios, si no tiene intuición de la luz divina, si permanece fría y no experimenta un transporte análogo al del amante que contempla el objeto amado y descansa en su seno, transporte que experimenta el que ha visto la luz verdadera y cuya alma se ha inundado de claridad al acercarse a esta luz, es porque habéis intentado elevaros a Dios sin despojaros de las trabas que debían deteneros en vuestro camino e impedir os contemplarlo; es porque no os habéis elevado solos, sino que habéis conser-espíritus, en el Universo y hasta en las fuerzas

del Ser universal, que lo dirige, al que nosotros denominamos Dios. Esta jerarquía nos permite reconocer en Él leyes tan inmutables como las que gobiernan al mundo material. En este sentido lo que llamamos sobrenatural no es más que la región sublime y la coronación de la naturaleza. La humanidad se halla siempre en relación con el mundo divino, del cual procede y al cual vuelve, tanto por el aliento de Dios que la penetra, como por mediación de las potencias mediadoras. Es

vado con vosotros algo que os separaba de Él; o más bien es porque no estabais reducidos a la unidad. Porque Él no está ausente de ningún ser y, sin embargo, está ausente de todos. Está presente sólo para aquellos que pueden recibirlo y que están preparados, que son capaces de ponerse en armonía con El, de alcanzarlo y de tocarlo, en virtud de la conformidad que tienen con Él... En una palabra, es preciso que el alma vuelva a ser lo que era originariamente antes de salir del Uno. Solamente entonces podrá contemplarle conforme a su naturaleza. Lo que contempla y es contemplado no es la razón, sino que está por encima de la razón. Pues el objeto y el sujeto ya no son dos, así que el alma no los distingue. *El alma deja de ser ella misma para convertirse en el objeto contemplado.* Por eso este estado es una cosa incomprensible. Pues ¿cómo haremos comprender a otro la cosa contemplada que estaba identificada con nosotros en el estado de éxtasis? (*Eneada* VI Libro IX, capítulos IV, VII y X.)

Y Dante dice refiriendo su viaje celeste que: "La Gloria de Aquel que todo lo mueve se difunde por el Universo y

como el Océano del que extrae sin cesar agua el sol y vapores invisibles; pero a veces viene un ciclón y se forma una tromba; y, debido a la presión del viento y a la atracción eléctrica, sube el agua hasta las nubes formando terribles torbellinos. Y la columna líquida camina sobre las aguas, amenazando hacer añicos barcos y ciudades. Entonces se puede decir que la mar furiosa se lanza hacia el cielo y que el cielo se bebe al mar por una boca abierta.

La humanidad común es el vapor de agua que sube perezosamente hacia Dios, pero el profeta es la tromba que hacía él se precipita, impulsado por el huracán.

¡Cuán grandes son esos profetas a los que la leyenda ha podido transformar en colosos inverosplandece en unas partes más y en otras menos. Yo estuve en el cielo que recibe mayor suma de su luz, y vi tales cosas que el que desciende de allá arriba no sabe ni puede referirlas, porque nuestra inteligencia, al acercarse al fin de sus deseos, profundiza tanto, que la memoria no puede volver atrás." (*Paraiso*, I).

Por lo anterior se ve que tanto el padre del idealismo como el mayor filósofo místico y el poeta más intelectual de Occidente están de acuerdo en esta cuestión capital. Estas palabras de Platón, Plotino y Dante son rayos de luz verdadera, pues constituyen los elementos de una teoría completa del profetismo, desde el simple presentimiento, la doble vista y los numerosos grados de visión astral y espiritual, hasta el éxtasis trascendente.

símiles! El profetismo es una tradición manteni-

da por un pequeño grupo. El maestro escoge su discípulo y le transmite sus poderes, Elias encuentra a Elíseo trabajando con doce parejas de bueyes, y le echa encima su manto. Elíseo sacrifica un par de bueyes, manda que los hiervan, los entrega al pueblo, y después sigue a su Maestro. Éste es el profeta activo, el cual es mayor que los profetas literarios que le sucedieron, quienes si bien eran grandes como poetas y videntes, carecían de ese poder soberano capaz de crear almas y voluntades, ¡La unión del discípulo con el Maestro es admirable! Elíseo dice a su iniciador: "Mientras que el Eterno more en tu alma viviente, yo no te abandonaré." Aquí no sólo se ven los cuerpos, sino que también los espíritus se contemplan y se unen

¡Cuán terrible es la soledad de los profetas a pesar de todo! Cuando han escuchado una voz que les dice como a Elias: "Apártate de aquí, ve hacia Oriente y escóndete en el arroyo" de Cherit que está enfrente del Jordán", se acabó para ellos la vida corriente. Entonces esos gigantes se encuentran solos, terriblemente solos entre los hombres como el Moisés de Vigny. Pero entre ellos y los justos? del pasado, del presente y del porvenir se establece una relación nueva, una comunión íntima y sustancial, que es su consuelo, su divina recompensa. El profeta se encuentra solo, sí, pero es

que él y los grandes Solitarios que se le parecen son uno solo. De esto proviene su poder mágico, inmenso e ilimitado.

De esta manera llegan a ser la voz, el relámpago y a veces el rayo de Dios. Cuando el miserable Achab o la infame Jezabel ven de lejos "al hombre vestido con pelo de camello y con un cinturón que ciñe sus lomos" tiemblan, cúbrense la cabeza de ceniza y huyen. A una orden suya se dejan degollar como corderos los sacerdotes de Baal por la multitud.

Como los profetas viven solos, mueren solos también, pues cuando sienten que ha llegado su hora, se retiran a las cavernas y a las cimas como los leones y las águilas, y desaparecen sin dejar rastro. Esto hicieron los más célebres; Moisés en el Nebo y Elías en el desierto del Jordán. Elías deja antes de irse su manto a Elíseo, y el discípulo dormido ve en una visión deslumbradora arrebatarse a su Maestro al cielo sobre un carro de fuego tirado por caballos de fuego, que es el último mensaje, símbolo y signo de su reintegración al Eterno.

El lejano pasado se convertía en imperioso presente en este cuadro imponente. La luna extendía sobre el valle del Jordán su encanto mágico, y los caramillos de los beduinos seguían entonando su sencilla melodía, cuando de repente sentí que se mezclaban al maravilloso concierto de la natura-

leza y de la vida pastoral unas voces humanas. Era un canto a cuatro voces, en tono menor, dulce y largo, que salía del hospicio griego, cuya masa sombría destacábase a cincuenta pasos del hotel sobre el desierto que la luna iluminaba. En un viejo sicomoro del jardín brillaban cientos de luces; hubiérase dicho que era un gigantesco árbol de Navidad al aire libre. Habían encendido este candelabro rústico en honor de los peregrinos rusos que se habían reunido allí para entonar el cántico pascual que comienza con estas palabras:

¡ILUMINA EL MUNDO, NUEVA JERUSALÉN!

El alma eslava vibraba en la melodía con dulzura y fuerza, con resignación y confianza. El pueblo ruso ha puesto el nombre de Pascua a "la fiesta de las fiestas", quizá porque su instinto místico ve la idea central del cristianismo en la resurrección.

¡ILUMINA EL MUNDO, NUEVA JERUSALÉN!

¡Oh, cuán penetrante es la armonía de este suave canto! ¡Cuán pobres de esperanza me parecieron nuestros corazones de occidentales, al escuchar la voz de los peregrinos harapientos! Era el alma del Cristo eterno, que, de un modo actual y viviente, refluía después de dos mil años de ausen-

cía, desde las orillas del Dnieper y del Volga a la cuna de los profetas. Y la melodía resonaba como si fuese un nuevo Evangelio, cerniéndose sobre el son de los caramillos beduinos. ¡Voces de los días antiguos y de los días nuevos... inmemorial recuerdo ... ilimitada esperanza...! La luna se deslizaba por las alturas del cielo... La planicie vaporosa dormía bajo su luz mágica... y las dos voces se unían en el silencio de Jericó.

VII

CREPÚSCULO EN EL VALLE DE JOSAFAT. — LA JERUSALÉN FUTURA

A la mañana siguiente volvimos a Jerusalén por las ricas gargantas del Uadi-el-kert.

Quise gustar por última vez el incomparable placer de la vida nómada, la alegría de soñar en la libertad del desierto, antes de entrar en la ciudad de las lamentaciones, donde las murallas oprimen al pensamiento, donde la tristeza, el fanatismo y el odio impresos en los rostros agarrotan el corazón. Hicimos alto en el pueblo de Siloé, que domina al valle de Josafat y está situado frente al gran muro del Templo en el ángulo Noreste de la ciudad.

Es un lugar singular y siniestro. Beduinos trogloditas habitan allí en cavernas cavadas en la roca, ilustres sepulcros de antaño, guarida anónima hoy de esos vagabundos. Frente a nosotros se extiende Jerusalén con la silueta del monte Moria y la mezquita de Omar. A sus pies se divisa la estrecha garganta del valle de Josafat, sembrado de tumbas judías, a cuyo extremo se ven los olivos de Getsemaní como puntitos negros.

El dragomán Morkos, el hermano Lucas y yo descendemos del caballo para sentarnos en la hierba. Solamente el beduino permaneció en su silla, dejando que su cabalgadura paciese la grama. Vinieron unos harapientos muchachos a dar vueltas alrededor de nosotros, como larvas salidas de sus sepulcros. En seguida, un beduino de Siles, medio pastor y medio brujo, se sentó a algunos pasos de mí. Le ofrecí los restos de nuestras provisiones, y, para darme las gracias el beduino cantó algunos versículos del Corán que yo no comprendía, aunque tenían un encanto arrullador gracias a las gamas cromáticas descendentes que recuerdan la voz del muecín. La Ciudad Santa, la ciudad de la esperanza, la de los tejados en forma de cúpulas achatadas, parecía prosternarse para orar a la luz de los últimos rayos de la tarde moribunda.

En este extraño lugar y en tan rara compañía, fue donde se me aparecieron por última vez la grandeza y el servilismo, el esplendor y la miseria de Jerusalén.

Su grandeza y esplendor incomparables lo constituyen el papel y la significación de esta ciudad en la historia de la humanidad; todas las profecías judías y musulmanas acumuladas en ella; la vida y la muerte de Jesús, y las promesas que él hizo en el monte de los Olivos en cuya falda estamos sentados. A pesar de los crímenes y de los horrores que evocan ese muro gigantesco y el lúgubre

foso de Josafat, toda la tradición de Moisés, de los profetas y del Cristo se ha incrustado en estas piedras y el globo terrestre ha sentido lentamente el encanto que de ellas emana a través de los siglos.

En efecto, si se contempla la historia humana desde muy alto, con el mayor horizonte perceptible, se verá que el ciclo de nuestra humanidad blanca gira desde hace seis o siete mil años alrededor de un punto misterioso del mundo espiritual. Intelectualmente, este punto es la unidad de la raza humana bajo el símbolo del Dios único, del Alma universal y del Hombre concebido como su Verbo viviente; y esta Trinidad orgánica, reflejándose en todas las esferas del pensamiento y de la vida, las diversifica jerarquizándolas y modificándolas. Así, pues, aquí tiene aplicación la maravillosa ley de las correspondencias analógicas ya formulada en la tabla de Hermes, según la cual todo lo que sucede en el mundo inteligible repercute en el mundo sensible.

Geográficamente considerado, el punto alrededor del cual gira la vida interna de la humanidad es Jerusalén. El movimiento del pensamiento humano llega allí por dos grandes curvas. La primera corriente, la del pensamiento antiguo, va de la India y Egipto a Grecia, para volver a Sión. La otra, la del pensamiento moderno, parte del Asia central para esparcirse por Occidente con los celtas, germanos y eslavos, y refluir a la ciudad mística

de David y Cristo. El África ardiente y el Norte helado, así como Oriente y Occidente fijan su mirada en Jerusalén. Esto es lo que quizá expliquen todas estas tumbas y peregrinos, este perpetuo asalto de los muertos y los vivos contra estas murallas. Todos parecen decir a la triste Sión, asentada en una árida montaña: "Dinos nuestro destino, puesto que sabes nuestro enigma. ¡Oh, ciudad de las glorias y de los llantos, de las palmas y de las cruces!"

Mas la grandeza y el esplendor de Jerusalén nos da también la medida de su esclavitud y miseria, que resulta de la contradicción existente entre la idea que representa y lo que es en realidad. Por Moisés, los profetas y Cristo, debería ser en principio el centro religioso de toda la tierra, la balanza entre Oriente y Occidente, el regulador que equilibrase su alma múltiple y una. Pero en realidad es una Babel de las religiones, sacerdocios, pueblos y almas, cuyo único lazo de afinidad es la confusión de sus lenguas. En vez de hallarse en ella esa síntesis en que cada parte crece y se agranda al hallarse en armonía con el todo, no se ve más que mezquindad, ceguera y hostilidad. El estado en que se halla el alma de la humanidad, estado de incomprensión, odio y guerra, se refleja allí como en un espejo trágico. De ahí la angustia que se experimenta al hundir en ella resueltamente la mirada. Hasta que no se haya realizado la uni-

dad de la familia humana, al menos en potencia, aplicando un principio orgánico, científico, social y religioso, Jerusalén seguirá siendo la ciudad de la esperanza, de la expiación y del llanto.

Tales son la grandeza y la miseria sin par de esta ciudad, que puede ser la madrastra maldita, maldecidora de naciones, o su nueva salvadora.

Pensando estaba en esto, cuando vi que pasaba una sombra ante mí. Era un viejo en cuyas piernas flotaba una dalmática que tenía ramajes bordados en un color rosa apagado. ¿Sería el jabino que encontré en El Cairo? No lo sé, pero se le parecía de una manera extraordinaria. El color de su vestidura era más pálido; su arrugado rostro más traslúcido y sus ojillos más penetrantes y tristes. Parecía su edad aún más extraordinaria que entonces, y toda su persona tomaba un aspecto inverosímil y legendario en esta decoración siniestra. Tenía en la mano un ejemplar tan viejo como el del *Tora*, encuadernado en pergamino. Sin duda volvía de la muralla de David en donde lloran los judíos de Jerusalén desde hace dos mil años con perseverancia conmovedora. Y ahora erraba alrededor de la Ciudad Santa en busca de no sé qué tumba de profetas del cementerio de Josafat. Yo estaba sentado en la hierba entre el árabe que canturreaba siempre sus versículos del Corán balanceando monótonamente la cabeza y el hermano Lucas que acababa de sacar su rosario y murmu-

raba la oración de la tarde. Haciéndole un gesto mientras le hablaba, pedí al anciano de Israel que se sentara con nosotros. Pero él me lanzó una mirada de desafío, extendió el brazo e hizo un gesto negativo con la mano al mismo tiempo que señalaba sucesivamente al beduino, al franciscano y a mí, gesto que significaba: "musulmán, cristiano y hereje nunca os entenderéis. Yo no tengo nada de común con vosotros." Y, después, se perdió lentamente de vista entre las tumbas de sus padres.

Este diálogo mudo confirmaba mis tristes pensamientos. Las tres religiones presentes aparecían más separadas, impenetrables y hostiles que nunca. ¿A los hombres le son indiferentes los demás hombres?, me dije. Amuralladas están las ciudades, las iglesias y las almas, como allá a lo lejos lo está la Puerta Dorada por la cual entrara antaño el Mesías en Jerusalén bajo una lluvia de palmas.

La noche llegaba y el valle de Josafat era un verdadero valle de la Sombra de la Muerte. Bajo la negrura de los altos muros del Haram-ech-cherif, las murallas se habían teñido de violeta y el cementerio judío de azul. Los monumentos de Absalón, Zacarías y Santiago parecían ahora las puertas del reino de las tinieblas con sus muros convexos y los turbantes de sus pirámides.

Mi alma hacía el esquema de un lúgubre cuadro en que se bosquejaban las diferentes series de anar-

quías que han ido reinando en el mundo. Seguíanse con la rapidez del rayo y una lógica despiadada los actos sucesivos del drama de los pueblos que se desarrollaron a través de los años y de los siglos. Anarquía de pueblos, razas y clases, coronada por el antagonismo feroz de la Ciencia y de la Religión, el cual parece un duelo a muerte entre la Inteligencia y el Alma de la Humanidad, las que se asesinan entre sí para no dejar en pie más que la ciencia del instinto y el Amor de la Materia. Y vi al principio que las grandes naciones de Europa se constituían en ligas formidables para aniquilarse entre sí con la excusa del equilibrio. Pero, una vez pasado el infierno de la guerra universal y de las hecatombes colosales, que los prodigiosos medios de destrucción de la ciencia moderna han hecho más espantosos todavía, se levanta un alarido de horror contra los gobernantes. Es el signo de un zafarrancho de todas las clases necesitadas y trabajadoras contra los viejos poderes políticos, militares y religiosos. Y, en nombre de la democracia que todo lo iguala, son abolidos estos poderes y destituidos o asesinados sus representantes. Acto seguido viene el triunfo de esta democracia industrial, unida a la ciencia materialista y. atea. Abrid los ojos y contemplad el reino de la Justicia según el Instinto de la Bestia. Vosotros sois quienes le habéis preparado, vosotros, los sabios, los filósofos, los demagogos, que carecéis de

la luz del Alma y del Espíritu y que no conocéis de la Naturaleza más que el reino del Instinto en que ruge la lucha por la vida. Y, si esto no es la guerra de todos contra todos, es el reinado del odio y del miedo, de la mediocridad en la igualdad; es la paz obcecada en la pesadez de un bienestar falto de amor, de nobleza y de belleza; es la felicidad tan cacareada por esta humanidad degenerada que suprime todas las grandezas y todo lo mide al mismo ras.

Y la degenerada Europa se cree al fin tranquila en su reposo egoísta. Pero, mientras tanto, se levanta la vieja Asia y la joven África que tiene con nosotros antiguos rencores. ¿Acaso no las hemos invadido, perseguido, expoliado y tratado como a esclavas durante muchos siglos, despreciando a sus dioses, costumbres y creencias, en nombre de Cristo? Todo se paga más tarde o más temprano. La raza amarilla y la negra rompen sus cadenas y se organizan. La India, la China y el Japón, armados por nosotros e instruidos con nuestro ejemplo han arrojado a los europeos de sus colonias. Cuatrocientos millones de budistas han olvidado a su Buda y no piensan más que en vengarse. Tartaria se agita y pide una presa. Doscientos millones de musulmanes van a la vanguardia. Todos estos pueblos, llenos de un odio implacable contra nuestra civilización, odio que nuestra conducta justifica, no desean otra cosa que lan-

zarse contra Europa. El Islam es quien les muestra el camino. Una vez que haya llegado la hora del choque de retroceso, será demasiado tarde para detenerlo. Y una de las oleadas de ese diluvio humano vendrá a chocar contra las murallas de Jerusalén, con la confusa idea de que es la vieja metrópoli religiosa de la detestada Europa. Los caballos tártaros acamparán en el monte de los Olivos, en donde acamparon en el pasado los soldados caldeos de Senaquerib, las legiones romanas de Tito, los árabes de Omar y los cruzados de Godofredo de Bouillón. Y, en una noche como ésta, los sacerdotes cristianos asistirán al saqueo de Jerusalén, llenos de espanto, refugiándose en el pueblecito de Siloé y escondiéndose en las tumbas de los profetas en donde viven hoy día los beduinos. Y desde el fondo de estas guaridas, con las manos levantadas a lo alto exclamarán con espanto y desesperación: "Señor, Señor Cristo, ¿por qué nos has abandonado?"

Y entonces se verá un ser sobrehumano junto a la tapiada Puerta de Oro del Haram-ech-cherif, por donde entró el Mesías. Y verán al Ángel exterminador del juicio final, el Ángel sereno y terrible como un verdugo, con los brazos cruzados sobre su espada, sentado entre las tumbas, esperando que llegue la hora de herir. Y, al oír su exclamación, el Ángel sentado se levantará y escribirá en las murallas de Jerusalén con la punta de

su espada las tres palabras que una mano luminosa trazara en otro tiempo en el palacio de Baltasar mientras el ejército de Ciro abría brecha en las murallas de Babilonia: *Mane, Thecel, Phares*, que quieren significar Número, Peso y Medida, es decir: Sabiduría, Justicia y Economía. Entonces los sacerdotes católicos comprenderán sus faltas y las de sus pueblos y se cubrirán el rostro llorando, mientras las llamas se elevan de las ruinas del Santo Sepulcro.

La sombría visión había ya tomado forma ante mis ojos, cuando del valle de Josafat surgió un canto dulce y triste. Era el de los peregrinos rusos que volvían de Jericó. No les veíamos, pero ellos continuaban caminando infatigablemente... el largo camino que conduce a la *isba* lejana, huye por la estepa inmensa, hacia los campos de nieve y los bosques de abetos que se extienden hasta los montes Urales y el mar de Hielo. Y desde el valle de la Sombra de la Muerte ascendía continuamente el cántico de esperanza:

¡ILUMINA EL MUNDO, OH, NUEVA JERUSALÉN!

¿Fue la magia de este dulce canto y de su humilde melodía? ¿Fue la flor de un sueño interior que se abrió súbitamente o fue un reflejo lejano de lo Invisible?... No lo sé; pero el cuadro de mi pensamiento cambió bruscamente y, tras la obra de las tinieblas vengadoras, vino la de la luz triunfante; tras la visión del castigo, la de la salvación.

La primera me mostró lo que llegaría a ser de Jerusalén si la raza blanca y Europa no cumplen su misión. Ahora veía yo lo que será la Jerusalén futura en los lejanos siglos de una humanidad nueva, reconstituida y transfigurada en el esplendor del espíritu puro, del Alma universal y de su Verbo viviente, afirmados por todos los países de la tierra.

Un bosque de olivos, sembrado de macizos de palmeras tapizaba el valle de Josafat, transformado en un magnífico jardín. El monte Moria subsistía, aunque reconstruido con mármol blanco coronado por una galería de cuádruple columnata. Una escalera triple y gigantesca subía desde el barranco de Cedrón a la Puerta Dorada, puerta del Mesías que, condenada durante tantos siglos, había sido abierta de nuevo y servía de propileo del santuario con su arco resplandeciente.

Tres templos ocupaban el recinto cuadrado de la terraza. En el emplazamiento de la mezquita de Omar se elevaba un edificio de igual forma, cubierto con mosaico policromo y con una cúpula azul deslumbradora.

En su punta, la Media Luna de oro sobrepuesta a la cruz, reproducía el símbolo de Hermes.

En el pórtico oriental se leía: *Los hijos de Israel, del Cristo y del Islam han levantado este Tem-*

pío al Dios de las naciones. Esta inscripción se repetía en las cuatro puertas del templo en hebreo, en griego, en latín, en árabe y en todas las lenguas de la tierra. En el tambor de la cúpula había la siguiente inscripción en hebreo: *¡Dios atraiga con dulzura a Jafet y aloje en sus tabernáculos a Sem!*, y también estas otras palabras: *La obra de la Roca es perfecta, pues todos sus caminos son la justicia misma.*

En la parte derecha se levantaba un templo oblongo, que recordaba por su forma los egipcios y griegos. Sus piedras amarillas eran de un color tan fuerte que parecía patinado por el sol. Las esbeltas columnas, que ascendían al aire como una aspiración, glorificaban un nuevo orden arquitectónico, floreciendo en corolas de azucenas y volutas de palmas. Sobre el frontispicio se veía una muier divina que evocaba con los brazos extendidos a un pueblo de dioses, diosas y almas. Por el friso corría la siguiente inscripción: *"Yo soy Heve-Isis-Ionáh, la Esposa del Dios, el Alma del Mundo, la Luz increada. Este es el templo de la Naturaleza celeste. Únicamente los puros y los videntes entran en mí."*

Entre los dos templos se levantaba otro, al fondo del santuario. ¡Grandiosa basílica, espléndida catedral, que parecía de transparente alabastro y como si estuviera iluminada por una luz interior. La gran torre del crucero dominaba el edificio,

mostrando en su cima un círculo de profetas que sostenían con sus brazos levantados una rotonda coronada por Cristo. Del techo se elevaba un bloque que de flechas, agujas y torrecillas; pero lo mas maravilloso era obra de un escultor titánico que había detenido allí, con soberano desorden, a un ejército de ángeles y arcángeles de las alas abiertas y temblorosas como si esos mensajeros divinos hubiesen traído la catedral en el huracán de su vuelo. Sobre el tímpano del gran pórtico abierto hacia el Oriente se leía: *Yo soy el Verbo viviente de la humanidad en el que se vuelven a encontrar todos los hijos de Dios. Yo hablo por millares de bocas y sin embargo, soy Uno. Este es el templo de la Resurrección.*

Por las escalinatas de los propileos afluía inmensa multitud que entraba en el santuario por la Puerta Dorada. De sus vestidos de fiesta habían desterrado el luto. No se veía más que vestiduras de púrpura, jacinto y nieve. Sonaban fanfarrias. Por el fondo de los templos, los coros se respondían son de los órganos y de las arpas. Cada templo tenía su voz: *¡Gloria a Jerusalén!*, decía el templo del Dios de las Naciones. *Yo que hago dar a I a los demás, ¿no haré acaso dar a luz a Sión?* *¡Gloria a Jerusalén!*, respondía el templo de la Resurrección. *Llamarán Salvación a tus murallas y a tus puertas Alabanza.* Dentro del templo de Isis-lona celestes voces femeninas cantaban. *¡Paz a los pue-*

blosl... ¡Armonía y luz a las almas! Todo lo que sucede no es más que un símbolo. Esta es la Tierra nueva, imagen de los cielos que no pasan...

Cuando desperté de mi ensueño sólo vi la negra masa del monte Moria que se erguía como un bloque en la oscuridad; pero me di cuenta de que mis compañeros habían sufrido, cada cual a su manera, la magia del canto eslavo. El pastor beduino había interrumpido su melopea... Con su bastón de espino salvaje extendido sobre el valle escuchaba las últimas notas del cántico. El dragomán Morkos casi dormido, abría los ojos. En cuanto al hermano Lucas, había dejado caer su rosario sobre su capa gris y parecía sumergido en un sueño extático. Las voces se perdían por el lado de Getsemaní hacia la puerta de San Esteban. Al fin todo quedó en silencio, y, como para resumir sus graves pensamientos, el hermano Lucas se volvió hacia el dragomán y le dijo:

—Morkos, yo creo que muchos de estos rusos irán al Paraíso.

El prudente Morkos no respondió; pero yo añadí al levantarme:

—Así lo creo yo firmemente.

Y volvimos a entrar en silencio en los muros sombríos de Jerusalén.

EL ALMA DE ORIENTE Y OCCIDENTE

(EPÍLOGO EN EL MAR)

A bordo de un buque del *Lloyd* al salir de Beirut.

¡Otra vez en el mar! Por la lejana costa de 1j que se aleja el buque a toda máquina, se extiende la opulenta capital siria con su imponente puerto sus casas pintadas de ocre, azul y verde, y sus verandas orientales de amplias arcadas.

Los lugares que recorriera estas últimas semanas, desfilan ante mí en rápido panorama: el Líbano, Baalbec, el Anti-Líbano, Damasco y la costa de Siria, desde Beirut al Carmelo. La Tierra Santa no es más que una línea sinuosa que huye por el mar a cada ronquido de la hélice; y en una última mirada querría saborear una vez más toda esas bellas cabalgatas matinales arrullado por el ritmo melodioso del mar, esos galopes escalofriantes por las playas junto a la franja nacarada de las olas, esa lenta ascensión hacia las cúpulas azules de Galilea, en que los iris violetas y las azucenas de corazón de oro florecen hasta en la cima de la

montañas... Mas las imágenes de las cosas vistas se condensan en pensamientos. Todo mi viaje por Levante se resume ahora en algunos detalles. Una impresión predomina sobre las demás: es el abismo que separa al alma de Oriente de la de Occidente.

No es posible negar que las razas errantes de África y de Asia llevan en la frente un punto de luz; la señal misteriosa del dedo misterioso de Dios. Profundamente ignorantes son sus supersticiones y sus vicios y, a pesar de ello, no dejan de rendir un ingenuo culto a ese mundo divino, por el cual sentimos nosotros dolorosa nostalgia. Reverencian sin comprenderlos y con fervor inextinguible los lugares santos y los símbolos sagrados; en sus adoraciones y en sus sueños buscan vagamente la verdad total, cuya afirmación yace en los antiguos santuarios. Y, por esto, hay en estas almas inmóviles algo así como una luz difusa. Son almas primitivas, almas de niño, almas de fe y esperanza.

¡Que nuestros países de civilización extremada, que nuestros pueblos febriles de Occidente con sus faros, observatorios, formidables fortalezas, cañones asesinos, fábricas jadeantes, acorazados y locomotoras en que el agua y el fuego, enemigos acoplados, trabajan rugiendo bajo la mano del hombre, no sean así! ¡Cuán diferentes de los sabios de antaño son los nuestros con su química sutil y su vivisección feroz! ¡Ah! ¡Sí; toda al raza de Ja-

fet lleva en la mar. o la antorcha de Prometeo, y su frente se eriza de llamas rojas, símbolo audaz de Lucifer que desafía al Universo y al mismo Dios! Mas no nos engañemos, pues esta raza de Jafet lleva también en su rostro la sombra negra, el ceño fatal que es el signo de Satán, es decir, el orgullo del gran Negador que ya no sabe amar porque ha dejado de creer; que no cree porque ha dejado de ver lo Divino con los ojos del Alma; que tiene un corazón que se roe y divide a sí mismo con tétrica mirada; un corazón a quien ha paralizado este furor secreto y vengador de todas las malas pasiones.

Sí: el Lucifer moderno, rodeado de todas las pasiones de la materia sojuzgada, pero despojado de los poderes celestes del alma, está hoy como anonadado por el peso de sus descubrimientos y de su genio implacable.

Oh, almas de Oriente y de Occidente que reflejáis los dos polos de la Verdad, ¿cuándo os decidiréis a miraros en el corazón? Yo oigo que la de Occidente dice a su hermana: ¡Déjanos, tu fe ha muerto, no eres más que polvo; el porvenir es mío! Y la respuesta de la de Oriente: "Vete para siempre; tu ciencia es maldita, porque conduce al suicidio, yo tengo la paz de lo Eterno." Y yo les diré: "¿Por qué os desconocéis así? ¡Buscad y atreveos a mirar dentro de vuestro adversario y en vosotros mismos!" Aunque sois creyentes no tenéis

todavía bastante fe; aunque sois racionalistas, no habéis llegado todavía al meollo de vuestra razón. Santo Tomás de Aquino ha dicho que: "La fe es el valor del espíritu que avanza decididamente, seguro de encontrar la verdad." Frase grandiosa que reivindica todo libre pensamiento y toda fé libre. Y en nuestros días ha exclamado Claudio Bernard: "Estoy convencido de que llegará un día en que los fisiólogos, poetas y filósofos hablarán el mismo idioma y se comprenderán." O la Verdad es una o no la es. La verdadera Ciencia no se ilumina y explica sino por la conciencia, y sin ella no es más que dinamita en la mano de un ciego. La verdadera luz, que es Sabiduría, deslumbra de Amor, y el Amor verdadero es el origen de la Luz. Quizá lo sabréis algún día, almas de Oriente y Occidente, madres enemigas que no encontráis la salvación de vuestros hijos por no acudir a la otra madre.

Algunos pretenden que en el santuario budista de Lassa existente en el Tibet y, en el santuario brahmánico de Agarthá, en la India, en cuyo corazón no entran jamás los europeos, se "guarda celosamente una sabiduría muy antigua y muy valiosa. Ignoro si esto es cierto; pero, si Europa supiera hablar al Asia, quizás pudiera ella responderle por medio de sus santuarios. Lo cierto es que la ciencia occidental actual —no iluminada **por las facultades superiores del alma y por los principios intelectuales del Espíritu puro,**— se ve **impotente**

para consolar al individuo y organizar la **sociedad**, a pesar de sus beneficios materiales. **Por otra parte**, quienes pidieran una revelación cualquiera a los cleros reunidos de todos los cultos cristianos, cleros que se preocupan más de, sus privilegios que de los problemas que conmueven al mundo, sufrirían una amarga decepción, pues solamente encontrarían una tradición momificada, una letra muerta, dogmas contradictorios, ritos que, **a fuerza de** usarlos, han llegado a ser impotentes, símbolos materiales privados del espíritu que los ha creado, osamentas que esperan el soplo de un nuevo Ezequiel para revestirse de carne y revivir. En verdad, se trata de nada menos que de la regeneración total de Europa por una reforma intelectual y espiritual. A los que creen que es posible rehacer una sociedad por medio de una obra puramente política o por decretos pontificios, les deberíamos responder con las palabras del Ángel deslumbrante que María Magdalena vio en el sepulcro vacío del Cristo: "No está aquí, porque ha resucitado."

Pero ya el oleaje de Beirut y la sierra nevada del Líbano desaparecen tras de la estela del buque ... la inmensidad del mar llena el horizonte; navegamos a toda máquina... y Oriente es ahora sólo un ensueño ¡Adiós, pues, Egipto dorado, tierra de la antigua iniciación; adiós, Grecia de mármol, amada de mi corazón, tierra sagrada de la belleza, y, adiós, triste Palestina, todavía pálida **por el es-**

calofrío divino que ha pasado por ti! **Como otros** que lo hicieron, he venido a beber en vuestras fuentes y a templar mi alma en vuestros templos. Ya no os veré más... Mi ruta va hacia Occidente, hacia las tierras nuevas, hacia el porvenir que debe ser la realización del pasado. Hermanos conocidos y desconocidos me recuerdan el combate de la vida; pero yo no os olvidaré aunque me falten las fuerzas y sucumba antes de terminar mi tarea, porque he visto en vosotras las tierras prometidas y habéis avivado en mí lo que en vosotros buscaba mi deseo.

¿No es acaso la trinidad de Tebas, Eleusis y Jerusalén la trinidad eterna de la Ciencia, el Arte y la Religión, fundidas y transfiguradas en la Vida integral?

He abierto tres caminos. Estoy seguro de que los que caminen libremente por ellos han de encontrarse en una misma cumbre.

Hoy más que nunca "el Espíritu sopla donde quiere". Cada raza, cada pueblo, cada hombre deben buscar ante todo en sí mismos su Oriente y su Occidente, es decir, la tierra de donde vienen y el cielo adonde van. Solamente después de haber hallado el Oriente del alma, podremos exclamar con certeza volviéndonos hacia el Oriente de nuestro planeta, cuna predestinada de la religión universal, y clave misteriosa del porvenir: "*¡Ex Oriente Lux!*"

ÍNDICE

I - Jaffa - La ascensión.....	7
II - Un vistazo a Jerusalén - Los tres mundos enemigos, Judíos, Cristianos y Musulmanes	20
III - Visita al Santo Sepulcro	32
IV - La Mezquita de Omar - El Templo de Jerusalem y su historia	42
V - Hacia el Jordán - Primavera en el desierto . .	85
VI - Noche en Jericó - La voz de los Profetas ..	95
VII - Crepúsculo en el Valle de Josafat - La Jerusalén futura	107
EL ALMA DE ORIENTE Y OCCIDENTE (<i>Epílogo en el mar</i>)	121